

JUAN ALBERTO PÉRGAMO

Poesías, Cuentos y Ensoñaciones Plásticas

Prólogo

Ana María Locatelli de Pέργamo

Selección y Edición

Ana María Locatelli y Ana Clara Pέργamo

Digitalización de Textos

Ernesto José Pέργamo y Juan Pablo Pέργamo

Editorial Monaschaca

2009

Editorial Monascha

1ra Edición

Tirada: 1 ejemplar único e irreemplazable

En ocasión del septuagésimo séptimo aniversario del nacimiento del eximio escritor y artista Juan Alberto Pέργamo.

JUAN ALBERTO PÉRGAMO

Poesías, Cuentos y Ensoñaciones Plásticas

Atienden desde las 8 de hoy hasta la misma hora de mañana.

(Lista suministrada por el Ministerio de Salud y Acción Social de la Nación y Colegio oficial de Farmacéuticos y Bioquímicos de la Capital Federal) - (Se antepone un 4 a todos los números de teléfono).

- Zona 1* (Secc. 1, 2, 22 y 46) - Lavalle 567 (894-8647).
- 2* (Secc. 3 y 4) - Corrientes 901 (899-8838), Av. da de Mayo 1162 (883-7971).
- 3* (Secc. 15) - Juncal 973 (893-5632).
- 4* (Secc. 17) - Quilmana 382 (813-1189), Santa 1239 (811-4152), Callao 1289 (811-7376).
- 5* (Secc. 19) - Sta. Fe 2399 (829-1551), Las Heras 2002 (893-4386), Pueyrredón 1206 (961-1848), Pueyrredón 1973 (821-9258), Av. Santa Fe 2189 (822-5499), Av. Córdoba 3189 (891-4917), Gallo 1425 (825-4397), Pueyrredón 1460 (825-1000).
- 6* (Secc. 5) - Corrientes 1499 (371-4990), Corrientes 1820 (372-2295).
- 7* (Secc. 6) - Venezuela 1502 (381-4278), Av. da Mayo 1401 (383-7262).
- 8* (Secc. 7) - Sarmiento 3599 (865-3756), Sarmiento ba 2389 (861-5858), Córdoba 2349 (861-7729).
- 9* (Secc. 9) - Rivadavia 3871 (981-0403), Santa Fe ba 3902 (892-2180), Corrientes 4027 (892-2737).
- 10* (Secc. 21) - Arioz 2485 (824-5900), Tours 2976 (897-9800), Corvelón Díaz 2179 (824-1030), Peña 3119 (805-0217), Gascón 1687 (897-0707), Sagasti 2050 (822-9644), Arioz 2391 (832-2494), da Las Heras 2699 (802-5453).
- 11* (Secc. 23) - Armenia 2217 (833-8129), Santa Fe 4279 (775-4448), Ugarteche 2894 (801-1449), Santa Fe 3915 (804-4553), Güemes 4029 (831-0483).
- 12* (Secc. 31) - Cabildo 799 (772-3133), Uruguay 771 (771-0414), Paraguay 5301 (771-0827), Buenos Aires 1507 (772-8517), Santa Fe 4928 (771-3698).
- 13* (Secc. 33) - Cabildo 2171 (784-5977), Libertad 2099 (784-1165), C...

bildo 2433 (784-2389), Moldes 2289 (788-9707), Luis M. Campos 1267 (773-6082), Cabildo 810 (772-0321), Cabildo 1875 (701-8788).

- 14* (Secc. 35) - Ramallo 1795 (792-8341), Ramallo 2568 (702-2222), San Martín 1094 (792-8341).
- 15* (Secc. 37) - San Martín 1094 (792-8341), San Martín 1094 (792-8341), San Martín 1094 (792-8341).
- 16* (Secc. 27) - Corrientes 1499 (371-4990), Corrientes 1820 (372-2295).
- 17* (Secc. 29) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 18* (Secc. 13) - F. Rivadavia 6386 (631-1183), F. Rivadavia 6386 (631-1183), F. Rivadavia 6386 (631-1183).
- 19* (Secc. 8) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 20* (Secc. 16 y 26) - Garay 1221 (822-5499), Garay 1221 (822-5499), Garay 1221 (822-5499).
- 21* (Secc. 18) - San Juan 1401 (383-7262), San Juan 1401 (383-7262), San Juan 1401 (383-7262).
- 22* (Secc. 1) - San Juan 1401 (383-7262), San Juan 1401 (383-7262), San Juan 1401 (383-7262).
- 23* (Secc. 2) - Independencia 1076 (830-9039), Independencia 1076 (830-9039), Independencia 1076 (830-9039).
- 24* (Secc. 3) - San Juan 1401 (383-7262), San Juan 1401 (383-7262), San Juan 1401 (383-7262).
- 25* (Secc. 4) - F. Beltró 5601 (842-1385), F. Beltró 5601 (842-1385), F. Beltró 5601 (842-1385).
- 26* (Secc. 28 y 30) - Caseros 1000 (432-2222), Caseros 1000 (432-2222), Caseros 1000 (432-2222).
- 27* (Secc. 32) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 28* (Secc. 34) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 29* (Secc. 36, 40 y 52) - Lafuente 3068 (922-5545), Aquino 5173 (801-8679), Chilveret 6892 (921-2827), Directorio 2621 (894-8799), F. F. de la Cruz 6290 (932-2377).
- 30* (Secc. 38) - Rivadavia 6386 (631-1183), Rivadavia 6386 (631-1183), Rivadavia 6386 (631-1183).
- 31* (Secc. 39) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 32* (Secc. 41) - Laferrere 5292, Carabobo 2011 (801-8679), F. F. de la Cruz 6290 (932-2377), Rivadavia 7496 (837-1248), Rivadavia 7672 (831-0230), Lacarra 4799 (831-0230), J. B. Alberdi 4799 (831-0230), J. B. Alberdi 7461 (887-0906), Eva Perón 596 (541-1684), L. de Sarmiento 3871 (981-0403), Acassuso 6392 (641-4342), Acassuso 6392 (641-4342), Acassuso 6392 (641-4342).
- 33* (Secc. 50) - Gaona 1541 (811-5881), Avellanada 2300 (811-0417), Santa Fe 3915 (804-4553), Nazca 1341 (802-9165), Rivadavia 6483 (852-4031), Gaona 2570 (811-5881).
- 34* (Secc. 44) - F. Beltró 5601 (842-1385), F. Beltró 5601 (842-1385), Rivadavia 11552 (641-0055), Darroja 7108 (644-7289).
- 35* (Secc. 43) - F. La Cruz 5601 (842-1385), Carrasco 464 (671-7409), F. La Cruz 5601 (842-1385), Sempul 1301 (568-2222), Campaña 2500 (830-9039), Campaña 2500 (830-9039), Av. San Martín 5167 (811-0403), Campaña 2500 (830-9039), Campaña 2500 (830-9039), Campaña 2500 (830-9039).
- 36* (Secc. 45) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 37* (Secc. 46) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 38* (Secc. 47) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 39* (Secc. 48) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 40* (Secc. 49) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).

Directorio 1823 (722-7415), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).

- 192.
- 29* (Secc. 36, 40 y 52) - Lafuente 3068 (922-5545), Aquino 5173 (801-8679), Chilveret 6892 (921-2827), Directorio 2621 (894-8799), F. F. de la Cruz 6290 (932-2377).
- 30* (Secc. 38) - Rivadavia 6386 (631-1183), Rivadavia 6386 (631-1183), Rivadavia 6386 (631-1183).
- 31* (Secc. 39) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 32* (Secc. 41) - Laferrere 5292, Carabobo 2011 (801-8679), F. F. de la Cruz 6290 (932-2377), Rivadavia 7496 (837-1248), Rivadavia 7672 (831-0230), Lacarra 4799 (831-0230), J. B. Alberdi 4799 (831-0230), J. B. Alberdi 7461 (887-0906), Eva Perón 596 (541-1684), L. de Sarmiento 3871 (981-0403), Acassuso 6392 (641-4342), Acassuso 6392 (641-4342), Acassuso 6392 (641-4342).
- 33* (Secc. 50) - Gaona 1541 (811-5881), Avellanada 2300 (811-0417), Santa Fe 3915 (804-4553), Nazca 1341 (802-9165), Rivadavia 6483 (852-4031), Gaona 2570 (811-5881).
- 34* (Secc. 44) - F. Beltró 5601 (842-1385), F. Beltró 5601 (842-1385), Rivadavia 11552 (641-0055), Darroja 7108 (644-7289).
- 35* (Secc. 43) - F. La Cruz 5601 (842-1385), Carrasco 464 (671-7409), F. La Cruz 5601 (842-1385), Sempul 1301 (568-2222), Campaña 2500 (830-9039), Campaña 2500 (830-9039), Av. San Martín 5167 (811-0403), Campaña 2500 (830-9039), Campaña 2500 (830-9039).
- 36* (Secc. 45) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 37* (Secc. 46) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 38* (Secc. 47) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 39* (Secc. 48) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).
- 40* (Secc. 49) - F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385), F. La Cruz 5601 (842-1385).

Hoy por hoy, la vida es un camino...

PRÓLOGO

Un 10 de marzo de 1967, Juan Alberto Pégamo -Tito para los íntimos- formalizó su relación matrimonial con quien esto escribe, hoy, 10 de marzo de 2009.

Cuarenta y dos años de compañía afectiva e intelectual me permitieron conocer la inmensidad de su pensamiento y la altísima calidad de su creatividad artística, ya en el plano de la pintura, la iconografía, la talla, la miniatura, la joyería y la orfebrería (en el rubro de la plástica) como también en lo atinente a su imaginación en el rubro cuentos y poesías.

Esta selección conforma la primera edición de nuestra naciente editorial (35 poesías, 14 cuentos y 10 ensoñaciones plásticas).

Hemos bautizado *Ensoñaciones Plásticas* a una serie de más de 160 dibujos que Juan Alberto Pégamo realizó (en horas de la *siesta* y durante varios años) antes de entregarse a los brazos soñolientos de Morfeo, conservando un lapso temporal en el cual logró inmortalizar algunas de sus bellas ideas plásticas.

Es nuestra intención dar a conocer en una próxima edición una segunda selección del material que obra en el archivo de este prolífico creador.

Ana María Locatelli

SONETOS



A VIOLANTE

Si hasta fuera bueno por burlarme
con estas travesuras del soneto,
reírme pensativo y en secreto,
de mi propia forma de expresarme.

Pues si no llego a equivocarme
en la maldita rima (con respeto)
podré salir de aquí donde me meto
con aquél que parece desafiarme.

Así te sigo, gran Lope de Vega
mirando en tu espejo consonantes
para ver si la mía ya se allega.

Que así, enanos o gigantes
luchamos con la lengua de Cervantes
buscando lo que falta y no se niega.

BARRIO GRIS

En estas duras calles donde canto
se confunde el cemento con la piedra,
añoran las paredes a la hiedra
que se adornan con hojas de acanto.

Son tan grises que derraman un llanto
de vaga tragedia que allí medra
por detrás de la máscara de Fedra
que abre ojos y boca con espanto.

Las hermanas cariátides griegas
nos miran con pupilas ciegas,
mientras se ríe un viejo mascarón

En lo alto de una arcana puerta,
mostrando su enorme boca abierta
con una hueca sonrisa de bufón.

SONETO CABALÍSTICO

¿Para que apilar nueva palabra
en la eterna Babel de la lectura?
Son las ruinas de Anuradhapura
estas piedras que ya nadie labra.

Son un misterioso abracadabra,
una cantera de letra oscura
donde solo anda con pata segura
alguna montaraz y vieja cabra.

Y si combinas en espacios varios
los vivos y muertos abecedarios
no has de lograr algo más perfecto

que ese triángulo de sentido ciego
donde aparece con su vano juego
esta geometría del intelecto.

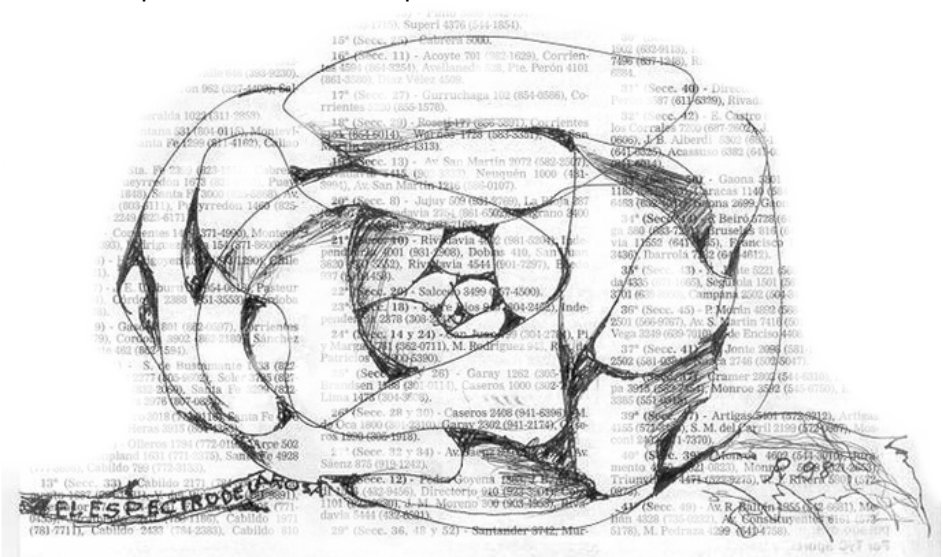
DE LA ESCRITURA

Y aquí, con la palabra escrita
estoy escribiendo su agonía,
desde el signo que recién nacía
al misterio que hoy la solicita.

Trazó del vasto mundo la infinita
variedad de los nombres que decía
para darnos aquello que sabía
con formas que hablan y palpitan.

Y así fue creciendo tanto, tanto,
que en la cumbre, con el canto
busca a ir más arriba todavía.

Esperando que unos nuevos ojos
al abrir del signo los cerrojos
despierten del sueño la poesía.



SONETO DE LA PALABRA

Vino del aire, como tantas cosas
que de allí vienen, ya volando
por sus propias alas, o llegando
arrastradas, como secas hojas.

Así las recogí, con mano piadosa,
las puse en mi corazón, cantando
y ya no pude vivir callando
frente al árbol que de ellas se despoja.

Pues que tenerla sin darla tortura
cuando es el decir lo que procura,
peor que el silencio de callarlo.

Y así, al aire de nuevo las arrojo,
de ellas me desnudo sin sonrojo
para dar el corazón al desnudarlo.

SONETO DE LA RIMA

Si es cosa de tan poca estima
debo confesar que estoy confuso,
sin comprender por qué aquí la uso
aún cuando a muchos causa grima.

Hay en ella algo que me anima,
tal vez, o sin tal vez, por lo que
digo sin decir, como un iluso
que avanza sin ver por do camina.

Lucho y combato con su espada
dando tajos certeros a la nada
haciendo sólo práctica de esgrima,

y termino sudoroso y satisfecho,
sin una sola herida en mi pecho
tras ruda batalla con la rima.

Farmacias de turno

Atienden desde las 8 de hoy hasta la misma hora de mañana.

(Lista suministrada por el Ministerio de Salud y Acción Social)

Zona 1* (Secc. 1-2) - Chacabuco 180 (801-9681), Hincapié 533, Lavallo 567 (392-8647).

2* (Secc. 3-4) - Fríntones 901 (380-8939), Av. da. de Mayo 127 (371-3371).

3* (Secc. 15) - General 873 (393-5632), Florencio 831 (311-0782).

4* (Secc. 5) - Córdoba 1701 (811-9604) Quintana 392 (41-37185), Fe 1299 (611-4152), Callao 1289 (813-7575).

5* (Secc. 15) - Fe 2399 (823-1551), Las Heras 2092 (106-611), Coronel 1205 (861-1948), Pueyrredón 1623 (823-2340), Gallo 1425 (825-4316), Azcuénaga 202 (825-2340), Unión 1460 (825-1000).

6* (Secc. 7) - Lago 1499 (371-3329), San Martín 1401 (375-753).

7* (Secc. 6) - Veheza 1502 (391-4279), Mayo 1401 (383-7282).

8* (Secc. 7) - Tucumán 2105 (375-4348), San Martín 3099 (985-3756), Córdoba 2276 (861-7100), Montes 2282 (862-0906), Córdoba 2276 (861-7100).

9* (Secc. 9) - Tucumán 3198 (825-4191), Rivadavia 3871 (981-6403), Córdoba 3871 (981-6403), Corrientes 4027 (862-2779).

10* (Secc. 21) - Arizoz 2485 (824-5611), S. M. de Tours 2976 (772-2299), Peña 3119 (883-2747), Gascon 1687 (864-1077), Anasagasti 2051 (822-9641), Arizoz 2391 (832-2090).

11* (Secc. 23) - Armenia 2217 (832-8130), S. M. de 4278 (775-4446), Ugarteche 2894 (801-1449), S. M. de 3915 (804-4353), Güemes 4029 (831-0489).

12* (Secc. 31) - Cabildo 799 (772-3133), Arizoz 771 (771-0414), Paraguay 6301 (771-7627), Bompala 1507 (772-6517), S. M. de 772 (772-3698).

13* (Secc. 33) - Cabildo 2171 (772-3698), Echeverría 2171 (772-3698).

14* (Secc. 35) - Jurupa 2002 (783-1186), Canelas 2002 (783-1186), Molino 1957 (775-6062), Molino 1957 (775-6062).

15* (Secc. 36) - Ramallo 2002 (783-1186), Ramallo 2002 (783-1186), Ramallo 2002 (783-1186), Ramallo 2002 (783-1186).

16* (Secc. 37) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

17* (Secc. 38) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

18* (Secc. 39) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

19* (Secc. 40) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

20* (Secc. 41) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

21* (Secc. 42) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

22* (Secc. 43) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

23* (Secc. 44) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

24* (Secc. 45) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

25* (Secc. 46) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

26* (Secc. 47) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

27* (Secc. 48) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

28* (Secc. 49) - C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186), C. de la Cruz 2002 (783-1186).

Capital Federal

1* (Secc. 36) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

2* (Secc. 37) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

3* (Secc. 38) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

4* (Secc. 39) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

5* (Secc. 40) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

6* (Secc. 41) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

7* (Secc. 42) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

8* (Secc. 43) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

9* (Secc. 44) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

10* (Secc. 45) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

11* (Secc. 46) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

12* (Secc. 47) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

13* (Secc. 48) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

14* (Secc. 49) - Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352), Luján 3058 (92-6352).

SONETO DE UNA CALLE

¿Y que decir de mi calle Chacabuco
con sus hoteles de mala muerte
donde vive esperando mejor suerte
el pobre frente al Rey del Osobuco?

En luz y sombra de un café caduco
tiemblan las mesitas derrengadas
donde ilusos con el as de espadas
le ganan a la vida con un truco.

Y algún Quijote, ya sin yelmo
mira desde la "Flor de San Telmo"
pasar su Dulcinea del Toboso,

Y piensa, acodado en la mesita,
en esa locura que por dentro le grita
que quizá también él será tramposo.

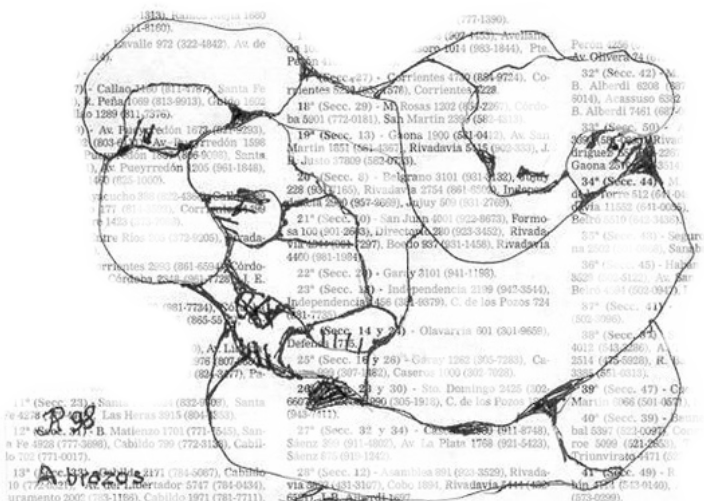
SONETO DEL DÍA Y DE LA NOCHE

En esta hora y en este día nuevo
que nace inocente como un niño
le extiende ojos y manos con cariño
esperando seguir el camino de su juego.

La noche es esperanza de mañanas claras
y la mañana espera de la noche oscura
y así en ti mismo el alba te declara
una guerra que crepúsculos procura.

Para que al fin te desespere
pensando en el día que no quieres,
porque no sabes si la noche será día,

En que alguna luz, ya sin colores,
sin ojos, sin esperas ni dolores,
te ilumine para siempre de alegría.



SONETO DEL INSTANTE

¡Oh, péndulo del tiempo fugitivo
y a la vez preso en tu vaivén final.
Ni la idea ni la vuelta ya es igual
para el breve instante detenido.

En tu pulso monótono y medido
vamos todos, para bien o para mal
a buscar el momento vertical
donde antes y después, están unidos.

Por vivir, tan sólo por vivir andamos
presurosos, sin ver que así nos vamos
deteniendo contigo en el camino.

Y te partimos en minúscula medida
para alargar un instante la caída
en el momento preciso del destino.

SONETO DEL MEDIODÍA

N'el mezzo...

A medio camino, ya pensativo
como aquel que al verse en el espejo
mira si ya no es o si es ya viejo
aquel joven que fuera tan altivo.

Y se pregunta si el recuerdo vivo
es su propia vida, o es el reflejo
de la muerte que ciñe su entrecejo
al pensar en lo que es y lo que ha sido.

Y busca en memorias y palabras
una vieja puerta que se le abra
para entrar por donde ya se fue,

hasta ver por detrás y por delante,
orlado de laureles aquel Dante
en un remoto grabado de Doré.

SONETO DEL VERBO

¿Se perderán mis voces en el viento
que todo lo arrastra hacia el olvido?
¿Son ellas algo más que su sonido
Para decir con ellas lo que siento?

¿Serán tan sólo un vano intento,
argucia de algún grito dolorido,
una lágrima con forma de gemido
que traduce la boca con su aliento?

Claveles del aire que crecieron
Con polvo de tiempo, y se abrieron
En azul oscuro y rojo vivo.

Parásitas sedientas de aire y luz
Aferrándose al árbol de la cruz
Donde vive siempre Amor cautivo.

SONETO DIDASCÁLICO

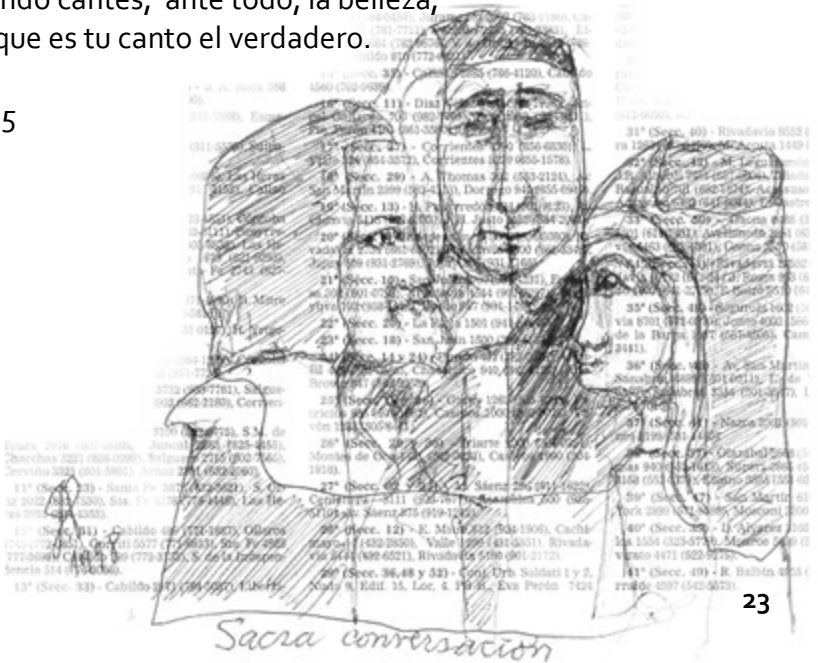
Otro consejo: estudia la verdad
no por ser sabio, sino por ser ella,
para guiarnos, la mejor estrella.
Y en prosa o poesía, claridad.

Dale pues, todo tu amor con humildad.
Camina con tu pie sobre su huella,
que no has de hallar senda más bella
por donde ir directo a la bondad.

Que si amas lo bello, lo bueno amas,
pues son de la verdad las dos ramas
que dan fruto, si hubo flor primero.

Sólo ella ha de darte la certeza
cuando cantes, ante todo, la belleza,
de que es tu canto el verdadero.

1985



SONETO EN BROMA

Si tan sólo fuese el hacer versos
ensartar palabras como a cuentas
por este hilo donde a tientas
buscas la poesía con esfuerzo,

Tomaría de un bello escuerzo
colores que no tiene la paloma,
y vería en medio de la broma
que al soneto nada le tuerzo.

Tan sólo enderezo el entuerto
por llegar así derecho a puerto
antes que se hunda este navío.

Así cumplo con mi sino aciago
de versado en verso, cuando hago
juntar bello y feo, si sonrío.

SONETO ESPERANZADO

Más allá del tiempo, al otro lado
del mar, de la costa y aquel cielo
donde nace y muere todo anhelo,
hay algo de que estar enamorado.

Te dices -ya lo veo- y extasiado
propones caminos de ala y vuelo.
Te vuelves casi ángel sin consuelo
que vaga por la noche iluminado.

Y vuelves otra vez tras la derrota,
con las alas cada vez más rotas
a emprender el místico camino.

Quizá esté tu muerte tan madura
que vuelas a tu postrer ventura
sin ver más que un resplandor divino.

GUÍA UN CIEGO A OTRO CIEGO

Guía un ciego a otro, y otro ciego
con su órbita sin ojo
es sólo de Brueghel un despojo.
El horror con que me niego

a tocar con mis manos este fuego
de cinabrio cada vez más rojo,
gota de pincel que suda miedo
de caer con bastón flojo

en la oscura zanja del enojo,
con la línea y color en que me enredo.
Ya mira mi pupila con la ajena

el mundo sombrío en que me muevo.
ocres, azules, y este rojo nuevo
que incendia la tela con mi pena.

10 /VII/ 1984a

LA ALONDRA

Un tintero de alba y azul sombra
donde mojas la pluma cucharita,
para trazar la nostalgia infinita
del trino mañanero que la nombra.

Abres el cuaderno y te asombra
ver cómo en el signo ya palpita
un pequeño corazón cuando recita
el niño deletreando: "alondra".

Porque lees, ala, pluma y figura
de aquel lejano libro de lectura
en el celeste renglón que la describe.

Pájaro de aurora, canto primero
que quiere volar y es prisionero
del mundo de las voces en que vive.

1985

LA MITAD ES MÁS QUE TODO

Siempre irá el deseo por delante
de las cosas que vemos máspreciadas.
Así quedan, lado a lado ignoradas,
las flores de perfume más fragante.

Y parece ser tardo el caminante
cuando estas formas no deseadas
lo detienen con voces perfumadas
haciendo a su paso vacilante.

Medítalo. Largo es el camino.
Allá espera, ya vacío, tu destino,
y aquí tu pie, feliz y detenido.

Todo es camino, su final es nada.
La mitad es más que todo, si colmada
está del amor con que has vivido.

1985

MUERTE DEL LINYERA

Salí de mi aldea en el Piamonte
rumbo a la Argentina en largo viaje.
Saqué en un barco mi pasaje,
pues nunca fue el linyera polizonte.

Tras ancho mar, y ya horizonte,
recabé en Méjico, y de allí traje
junto al lingé que era, todo mi bagaje,
los cuatrocientos trinos del sinsonte.

Y al imitar su canto los zorzales
errante en estas pampas, segué trigales
hasta llegar hoy al tiempo de la trilla.

Soñé fortuna, coseché pobreza
y esta miseria que sepulta mi cabeza
bajo este final de alcantarilla.

Buenos Aires, 1985/2007

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

¿Adonde van los trabajos y los días
que se gastan en hacer que no seamos
el hombre feliz que en vano deseamos
buscando en este mundo la alegría?

¿Cómo todo calor se nos enfría
y del propio amor nos querellamos
al ver que aquello que tanto amamos
sólo era ardor del duelo que venía?

A la nada fue todo nuestro afán
por querer más allá del diario pan
lo que siempre al alma le bastara:

La flor y el fruto. Todo, casi nada.
Vida de deseos tan descargada
sólo rica por pobre y bienamada.

SONETO NOSTÁLGICO

Vive tu corazón partido por el medio
en esta ciudad donde cuitado
te pones a buscar paisajes olvidados
por escapar del cotidiano tedio.

Tu sueño se rinde ante el asedio
y un pájaro lejano y desterrado
entre torres que soles han matado,
te hace regresar, ya sin remedio.

Te aferras al recuerdo de otras horas
en que buscabas lo que hoy añoras,
cuando creyendo ir, sólo volvías.

Y te dices del crepúsculo que dora
tu mirada: Oscurece, ya es la hora
de comenzar a llorar antiguos días.

NETO SON QUE DE LA BOCA

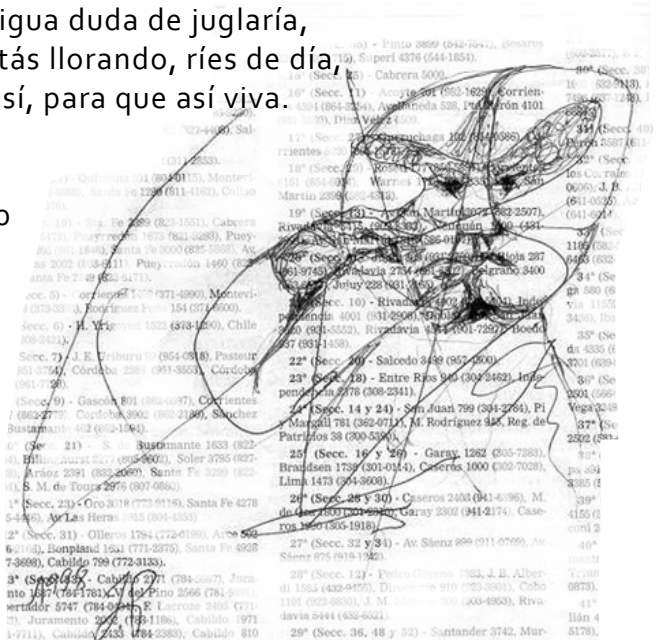
Soneto, neto son que de la boca
previo paso por el alma que lo guía
surge, quizá como un juego todavía
para probar que es él quien nos provoca,

a decir, con cada cuerda que se toca
un pequeño canto, casi de alegría,
que llega más por esa vía
cuando el comienzo en fin se troca.

No sabes si es por fuera que lo viste
o es de adentro el ritmo que le diste
para cortejar a la palabra esquiva,

y en esa antigua duda de juglaría,
de noche estás llorando, ríes de día,
diciéndolo así, para que así viva.

Bs. As., 1980



1, 2 y 3. garabato es.

PARA ANA CLARA

Un soneto haré para Ana Clara
-cosa que a mi me mueve a risa,
pues que mucho ingenio se precisa
para dar al "que", sin tener el "para"...

Así el Fénix que alto volaba
alelado me deja en tierra lisa,
y si huyo, me corre a toda prisa
la jauría que a gatadas despistara.

Mas si no hallo pronto rima nueva
con que pueda esconderme de Ana Clara
donde todo mi miedo se cobije,

hasta quedaré al descubierto,
de manera que aquí mismo termino mi
carrera sin saber si es soneto lo que dije.

Farmacias de turno

Capital Federal

Atención desde las 8 de hoy hasta la noche en la Zona 1 de turno.

(Lista simplificada por el M.O.S. de Salud y Acción Social)

Zona 1 (Seccs. 1, 2, 3, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100)

2 (Seccc. 2, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100)

17 (Seccc. 17, 26, 35, 44, 53, 62, 71, 80, 89, 98)

18 (Seccc. 18, 27, 36, 45, 54, 63, 72, 81, 90)

19 (Seccc. 19, 28, 37, 46, 55, 64, 73, 82, 91)

20 (Seccc. 20, 29, 38, 47, 56, 65, 74, 83, 92)

21 (Seccc. 21, 30, 39, 48, 57, 66, 75, 84, 93)

22 (Seccc. 22, 31, 40, 49, 58, 67, 76, 85, 94)

23 (Seccc. 23, 32, 41, 50, 59, 68, 77, 86, 95)

24 (Seccc. 24, 33, 42, 51, 60, 69, 78, 87, 96)

25 (Seccc. 25, 34, 43, 52, 61, 70, 79, 88, 97)

26 (Seccc. 26, 35, 44, 53, 62, 71, 80, 89, 98)

27 (Seccc. 27, 36, 45, 54, 63, 72, 81, 90)

28 (Seccc. 28, 37, 46, 55, 64, 73, 82, 91)

29 (Seccc. 29, 38, 47, 56, 65, 74, 83, 92)

30 (Seccc. 30, 39, 48, 57, 66, 75, 84, 93)

31 (Seccc. 31, 40, 49, 58, 67, 76, 85, 94)

32 (Seccc. 32, 41, 50, 59, 68, 77, 86, 95)

33 (Seccc. 33, 42, 51, 60, 69, 78, 87, 96)

34 (Seccc. 34, 43, 52, 61, 70, 79, 88, 97)

35 (Seccc. 35, 44, 53, 62, 71, 80, 89, 98)

36 (Seccc. 36, 45, 54, 63, 72, 81, 90)

37 (Seccc. 37, 46, 55, 64, 73, 82, 91)

38 (Seccc. 38, 47, 56, 65, 74, 83, 92)

39 (Seccc. 39, 48, 57, 66, 75, 84, 93)

40 (Seccc. 40, 49, 58, 67, 76, 85, 94)

41 (Seccc. 41, 50, 59, 68, 77, 86, 95)

42 (Seccc. 42, 51, 60, 69, 78, 87, 96)

43 (Seccc. 43, 52, 61, 70, 79, 88, 97)

44 (Seccc. 44, 53, 62, 71, 80, 89, 98)

45 (Seccc. 45, 54, 63, 72, 81, 90)

46 (Seccc. 46, 55, 64, 73, 82, 91)

47 (Seccc. 47, 56, 65, 74, 83, 92)

48 (Seccc. 48, 57, 66, 75, 84, 93)

49 (Seccc. 49, 58, 67, 76, 85, 94)

50 (Seccc. 50, 59, 68, 77, 86, 95)

51 (Seccc. 51, 60, 69, 78, 87, 96)

52 (Seccc. 52, 61, 70, 79, 88, 97)



Mujer con flor y cabellos al viento.

A90

Santhelva 625 000 0000, Lufuava 2000, E. G. Sta. C. 0326 002 0300, E. G. Sta. C. 0300 0000 0300

30 (Seccc. 30 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

31 (Seccc. 31 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

32 (Seccc. 32 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

33 (Seccc. 33 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

34 (Seccc. 34 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

35 (Seccc. 35 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

36 (Seccc. 36 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

37 (Seccc. 37 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

38 (Seccc. 38 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

39 (Seccc. 39 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

40 (Seccc. 40 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

41 (Seccc. 41 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

42 (Seccc. 42 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

43 (Seccc. 43 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

44 (Seccc. 44 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

45 (Seccc. 45 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

46 (Seccc. 46 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

47 (Seccc. 47 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

48 (Seccc. 48 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

49 (Seccc. 49 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

50 (Seccc. 50 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

51 (Seccc. 51 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

52 (Seccc. 52 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

53 (Seccc. 53 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

54 (Seccc. 54 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

55 (Seccc. 55 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

56 (Seccc. 56 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

57 (Seccc. 57 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

58 (Seccc. 58 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

59 (Seccc. 59 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

60 (Seccc. 60 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

61 (Seccc. 61 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

62 (Seccc. 62 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

63 (Seccc. 63 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

64 (Seccc. 64 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

65 (Seccc. 65 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

66 (Seccc. 66 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

67 (Seccc. 67 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

68 (Seccc. 68 - R. Falcón 200 000 0000, U. G. Sta. C. 0300 0000 0300)

SONETO PARA UNO QUE SE MUERE DE SUEÑO

Soñé un sueño en que soñaba
que iba cantando por un largo camino
y que al llegar así, sin destino,
una puerta cerrada me aguardaba

tras el muro que guarda lo inaudible
y en ese vano ejercicio de paciencia
tras el último golpe, la presencia
del silencio fue la única respuesta.

Llamé con un aldabón inextinguible,
hasta cansar el bronce que sólo me decía
con seco son, que ya nada había.

Se cayeron los muros, quedó la puerta cerrada,
y con toda la mirada muerta,
ví que solo despierta el que se acuesta.

MUERTE DEL LUTHIER

Con el árbol crecí, y con el borde
cortante de sus hojas, a mi sueño
lo hice tablas, buscando en ese leño
el misterio perfecto del acorde.

Traté de hacer su voz concorde
a las líneas elegantes del diseño
ajustando los encastres en el ceño
con el lujo de un filete en el reborde.

Y al canto que yacía dulce y quieto
en el cedro, el arce y el abeto
le dí vida nueva en armonía.

Hoy ya se rompe la cuerda del violín
y la clavija de ébano, por fin
triunfa sobre el canto que porfía.

MUERTE DEL JUEZ

Alcé en mi estrado la balanza
con que pesar el corazón humano.
Pesé lo justo, y no tembló mi mano
al dar sentencia digna de alabanza.

Fundé mi potestad a semejanza
de la ley precursora del romano,
los códigos, Ulipiano y Papiniano
supieron de mi celo y esperanza.

Hoy me llega afrontar juicio más alto
del Justo Juez cuya Justicia ignoro
apelando con mi vida a mi destino.

Pues culpable o no, me siento falto
de peso en la balanza donde imploro
no juzgue como yo, el Juez Divino.

MUERTE DEL MALABARISTA

Al aire lanzaba mis tres esferas
que presto mis dos manos recogían
y al aire de nuevo las volvían
cerrando del círculo la espera.

Una es verde, y desespera
siguiendo a las manos que la guían,
otra marca el rumbo en que se fían
con su blanca primacía en la rodera.

Y es ésta, la última y tercera,
la que queda en mis manos tras la muerte.
Dos cumplieron el juego con su suerte

y cayeron rodando hacia la nada.
Ésta me llevo, de rojo iluminada,
sólo amor, que al Amor me devolviera.

1984

MUERTE DEL PASTOR

Cuidé en verdes prados mis ovejas
del peligro del lobo y la tormenta.
Era mi vida pacífica y contenta
entre blanca lana y sus guedejas.

Al aire de la flauta di mis quejas
más suaves que el amor que las alienta,
cuando es a Dafne que apacienta
mi sueño en que a cordera te semejas.¹

Ahora se apaga en mi boca el apacible
soplo, por otro suspiro más terrible
que se pierde en la noche en que muero.

Oveja soy que voy de amor perdida
y soy causa así de cruel herida
para el dulce Pastor que fue Cordero.

1985.

¹ Por el alma de una caña, mis quejas/fueron canto del amor que las alienta /y así como el pastor las apacienta/a mí vienen hoy las melodías viejas.

MUERTE DEL PEATÓN

En estas avenidas de cemento
que antaño cruzabas con un salto
quedaste boca arriba en el asfalto
pintando de rojo el negro pavimento.

No hay asombro, no hay lamento
en los hierros que vienen al asalto
con su coro de bocinas por lo alto
a celebrar el fin de tu tormento.

Quizá una vaga sirena de ambulancia
te llegue lejana por la sangre de la oreja,
curiosos que te miren, una queja,

y más, más lejos, la fragancia
que te viene de la muerte inesperada,
ya flor de cementerio, desolada.

1984

MUERTE DEL POCERO

En la tierra mi círculo perfecto
daba su principio al agujero.
Mi oficio y mi duelo, ser pocero,
buscar lo puro y ocultar lo infecto.

Cavé a lo profundo, siempre recto,
fui siempre un humilde obrero,
aprendiz del noble sepulturero
a quien hoy suplico con afecto:

Entierra conmigo pala, zapa,
polea, sogá y balde hasta la napa
que limpie la arcilla de mis ojos,

Para que sepulto en negro pozo
se mezcle a mi sudor eterno gozo
de ser agua y tierra mis despojos.

1985

MUERTE GRIEGA

Saber cómo, cuándo, dónde y por qué
vino alguna muerte, importante o no,
y contarla, tal cual ella aconteció,
es imposible, aun con buena fe.

¿Acaso miro yo, como aquél lo ve?
¿Es este aroma el que ayer nos perfumó?
¿Es el néctar de Ulises el mismo que gustó?
¿Sintió la espada el dolor que penetré?

Óyeme en estas voces desoladas,
¿van y vienen las voces ya perdidas?
¿son cuerdas disonantes, malheridas?

Imagen de una muerte, balbuceo que nos llega
por detrás de espeso velo.
ella triunfa, y solo nos queda el duelo
del fatal silencio en la muerte del aqueo.

Bs. As. 1984

MUERTE MARINA

Aire que aniquila y ya te salva
de caer en la sima más profunda
Barca rota, cala que ya se inunda
de salobre mar, la abierta valva.

Cadáver de madera, ya deshecha
la armazón, costilla a costilla,
quebrada para siempre, la quilla
sin mástil, la furia te estrecha.

Despojo que naufraga en la tormenta,
no más que tabla donde alienta
el náufrago aferrando la esperanza.

No más que la soledad y la ola
te devoran, y se queda ella sola,
la muerte de espuma que te alcanza.

1984

MUERTE METAFÍSICA

Este rayo de luz que me libera
de los arduos trabajos de la mente
es duda y certeza que a mi frente
Surcó de arrugas en la espera.

Hoy que llego al fin de la carrera
con las luces del hombre más sapiente
nada veo, y digo humildemente
que ciego fui a la luz verdadera.

Busqué saber en mí lo ajeno
y en lo ajeno la razón de mi vida,
y nada supe de cosa no sabida.

Ignorante me voy como he venido
de saber si la copa que he bebido
era vida o muerte, néctar o veneno.

1984

POMPA Y CIRCUNSTANCIA

Pobre forma, ya casi pordiosera,
harapienta, dulce y desmañada,
cubierta de jirones, enmarañada
en tu cabeza la dorada cabellera.

Desnuda de poesía verdadera
estatua de mármol condenada
a mostrar tu impudicia bien rimada
para nacer de aquello que muriera.

Cadáver de las letras, solo hueso
que te mueres, calavera, por un beso
a cambio del fuego que no tienes.

Por eso, falto ya de seso,
ceso de injuriarte y contigo regreso
al oscuro lugar de donde vienes.

1984

MUERTE DEL SASTRE

Un poco más y el trapo con su brillo
quedará sobre la percha cuando baje
a rendir a la tierra el homenaje
vistiendo de negro a mi sorrillo.

Vana es la tijera, vano el crudo
lino que se alarga en la puntada
y me une a la muerte solapada.

Hay otro hilo que impaciente cruza
el ojo de la aguja, y desmenuza
la punta en el corazón desnudo.

ES MI MUERTE LA QUE CANTO

Y es ahora mi muerte la que canto
proclamando mi locura y mi lirismo
Voy procurando no caer al abismo
y a ella no me escapo ni adelanto.

Busqué seguir la senda de aquel santo
que buscaba esconderse de si mismo.
Buscóme, no busqué mi cristianismo
que me cubre, aunque roto, con su manto.

Creció en mí el trigo y la cizaña
que hoy siega por igual esta guadaña
en el golpe exacto de la Muerte.

Reí, lloré, quise saber, y nada sé.
Amor me lleva, dejo Esperanza y Fé,
Poniendo en El toda mi suerte.

1985

CUENTOS

LOS ENVIADOS

La legión de pequeñitos seres...

Sintieron una terrible urgencia, un ansia infinita cuando recibieron la orden. Una especie de amor y alegría desconocida los mantenía suspensos. La noticia desmesurada, incomprensible, los sobrepasó hasta que comenzaron a comprenderlo.

Entonces surgió, espontáneamente de todos, ellos unas ganas de cantar, de hacer que todos oyesen y entendiesen bien lo que su Señor los había enviado a comunicar.

Alegremente se arrojaron en la noche clara y estrellada hacia aquel pueblito perdido y remoto. Avanzaban velozmente, en silencio. Meditaban en su espíritu la importancia de su misión, única y brillante. Miraron las estrellas, luego las amplias montañas, las arboledas negras, los olivares, las primeras casas, donde lucían algunas titilantes luces pálidas de los candiles de aceite.

Al pie de un cerro dormitaba un niño pastor, mientras su padre velaba su sueño y el del rebaño de ovejas. Los enviados se acercaron y se detuvieron frente a ellos.

Y ya no pudieron callar más. Un grito de alegría salió de sus bocas, se expandió por el aire oscuro y a coro cantaron: Gloria a Dios en las alturas, y Paz en la tierra a los hombres que aman al Señor.

Los enviados se perdieron en la noche, ahora cada vez más clara, mientras los pastores arreaban presurosos el pequeño rebaño y corrían hacia aquella cueva de Belén, iluminada por la luz de un niño recién nacido.

* * *

La legión de pequeñitos seres de extraordinaria belleza, jugaba en medio de un basural del espacio. Corazas ya eternas de antiguos metales brillaban en la oscuridad del infinito, alumbradas por estrellas desde otros infinitos de luz. Ya no había tiempo. Solo espacio, suspendido entre otro espacio inconcebible.

¿Qué travesura guiaba a esos deliciosos niños, pacíficos, llenos de vida y sonrisas, cabecitas enruladas, de ojos vivaces, a hurguetear, veloces, alados, entre antiquísimos desechos de naves espaciales, en esa ciudad flotante, muerta en algún breve instante de la eternidad?

Dos de ellos vagaban algo separados del resto, entre las gruesas vigas de acero y titanio de una planchada energética, casi desintegrada ya por el choque milenario de las ondas periódicas de la constelación de Tauro, hacia la cual fuera orientada por el último regente de Androida. Sus miradas azules, curiosas, vagaron sobre las transparentes células de diamante sintético que se extendían como un desierto resplandeciente, un mar de luces que se perdía en las tinieblas.

En un enorme agujero, apenas herido por la agonizante luz del sol 7.776 de la Galaxia lateral 33, coordenadas 2.7-7,2 según el esquema de Urbal, que fuera encargado de investigar esa partícula de espacio, les pareció entrever un brillo, como una vaga luminosidad que atrajo sus infantiles atenciones. Se deslizaron, ingrátidos, hasta llegar a un extraño aparato, roto y abierto, que al parecer había provocado el agujero en el delicado diseño geométrico de la central energética. Intentaron removerlo, pero al parecer tenía peso, por lo que sus infantiles esfuerzos debieron recurrir al

llamado de Androel, el guía del inquieto grupo angelical y travieso bajo cuya guarda y vigilancia estaban.

Androel, de inteligencia superior, nada pudo hacer para disuadir la curiosidad, ahora centuplicada, de los pequeños. Suplicaba llevarse el aparato desconocido, a pesar de la imposibilidad de sacar de allí cosas que pesaban sobre ellos. Uno de los dos pequeños miró al interior del artefacto por una rajadura y vio una pequeña placa reluciente, con líneas y figuras.

-Es pequeña, Androel, y quiere decir algo, rogó dulcemente.

-Sólo la chapa, Androel. Tú puedes llevarla, si quieres, dijo el otro.

El guía accedió, introdujo una mano en la abertura, y la placa se deslizó bajo su vestidura blanca, impoluta en medio de ese basural, desapareciendo de la vista.

Poco después el cortejo se alejaba hacia adentro en el espacio, cada vez más, hasta perder de vista las ruinas de ese antiguo esfuerzo, detenido para siempre en el tiempo.

- ¿Androel, qué es?

- Androel, ¿qué dice?

El asedio de los pequeños era cada vez más insistente, y él lo sabía. Esos extraños signos y figuras excedían su inteligencia y sabiduría. Su gran bondad no le impedía reconocer sus límites, de manera que decidió llevar la placa, avergonzado de su curiosidad, más que de su ignorancia, a Arcael, su superior jerárquico en la rama de Sapiencia.

Arcael lo recibió gozoso, como quién ya no esperara, sino tiene las llaves del saber. Su alta jerarquía marcada por una túnica negra ceñida con blancas fajas, y su forma de mirar, turbaron a Androel. Reconocía la superioridad, y a la vez sentía de la justicia de su humilde puesto de guía de los pequeñitos, pues su inteligencia no iba mucho más allá.



Angel arrodillado meditando.

En sus manos brilló la pequeña placa.

He traído una cosa, para que me digas qué es y qué dice.

Entregó el objeto y más animado, pasó a explicarle dónde lo habían hallado, el cómo, el cuándo, a la manera de un niño entusiasmado, con lujo

de detalles, inútiles para un sabio, a quien nada de las cosas le era algo oculto o desconocido.

Por lo que me dices -interrumpió Arcael, indulgente- el objeto este es doblemente interesante. Proviene del planeta 3, sol 7.776, de la galaxia lateral 33, coordenadas 2,5-7,2, del viejo sistema Urbal. Es evidente que la cápsula que lo encerraba fue la que, destruyendo su equilibrio, provocó su ruina final. La perdición de Androidea fue su perfección física, ya que la perfección no soporta agregados. También en la Tierra -así llamábase ese planeta-, era imperfecta, y sus habitantes también lo eran.

Estas dos figuras que ves aquí grabadas, entre los puntos que indican el lugar de origen, son un hombre y una mujer. Eran seres que, junto a su materia, poseían espíritu. Su inteligencia y sabiduría llegaron hasta el grado de intuir que nosotros existíamos. Por eso es que una de sus Naciones más poderosa, envió este mensaje, en el año 1977 de su cronología espiritual, y que nosotros hemos recogido. Ahora ellos ya no existen. Nosotros sí, por ser de naturaleza eviterna.

Androel se sintió extrañamente conmovido frente a esos dos pequeños dibujos, seres desnudos, desamparados, que habían intentado comunicarse con él. Pensó que habría sido tan fácil... Si él lo hubiese sabido... En un instante... Sólo que algo le funcionaba mal. Súbitamente preguntó: ¿Arcael, ellos nos amaban?

-No lo sé, sólo sé que llegaron a amarse entre ellos.

Después de desmaterializar la placa, Arcael le había entregado un duplicado de su imagen. Androel no sabía qué hacer con ella.

Salió y vio millones de mundos, tenues, chisporroteos de planetas ubicándose ordenadamente como en un eco lejano, inextinguible. Miró las dos imágenes. Era absurdo. Eran imperfectos injertos de espíritu en el borde, apenas, de la vida. ¿Entonces, por qué le crecía dentro suyo algo amargo en medio de su dulzura?

-Androel, ¿qué era? ¿qué decía?

-Hombres, sólo hombres. Pero ellos podían amarse, dijo, entregándoles el juguete ya inútil.

Entonces lo desbordó una lágrima, sus alas se deshicieron como ceniza, y arrastrado por ese enorme peso, su espíritu se precipitó hacia la inexistente Tierra.

(.) y todo rea un denso, macizo y comprensible amor

EL CARNET

1^{er} Acto

Los carnets de conductor vencen; esto es real, verdadero. Un conductor de automóviles puede ser vencido por un carnet; esto es verdaderamente surreal o kafkiano.

La historia comienza seis meses antes del vencimiento, tal como lo había previsto, previsoramente, doce meses antes. “El año que viene, para fin de año, vencerá mi permiso para conducir automóviles”, -cosa que hice, durante diez años, con un anticuado documento de cartón, papel y tela, proveniente de una ciudad provinciana, como tantas iguales o parecidas de Buenos Aires.

Por lo tanto:

El día prefijado, inicié los Trámites. Esto es muy serio. Siempre hay sorpresas burocráticas y a mí no me iban a tomar desprevenido.

Así, concurrí a la Municipalidad, donde una empleada me indicó que me dirigiese a otra empleada, a la cual repregunté ¿Qué requisitos son necesarios para renovar este carnet de conductor? -Tales y tales, me respondió amablemente, correspondiendo a mis exquisitos modales.

Dado que todavía faltaban seis meses, tiempo sobrado, según creí, para finiquitar el Trámite, anoté, dispuesto a traer todo junto: Carnet vencido; foto; documento de identidad y formulario médico del “Polivalente”, como llaman a esa sección hospitalaria.

La semana siguiente regresé, sólo para comprobar que mi Cédula de identidad de la Policía Federal no servía. Era menester la “Libreta de Enrolamiento”. Este vetusto documento, que servía entre otras cosas para

votar, estaba a 200 Km. del lugar. Mi estúpida negligencia era patente. Ante la duda, solicité a la empleada, ya no tan amablemente, que me dijese con precisión y exhaustivamente, qué era el todo total, absoluto, necesario para el Trámite.

Aún conservo el pequeño trozo de papel mimeografiado, donde en letras mayúsculas se lee: "Trámite carnet de conductor. Renovación", que me alargó displicentemente. ¿A quién se le ocurre que debió dármelo antes? Como soy desconfiado, comencé a leer y pedir ratificación, cargosa y nada diplomáticamente, sobre cada rubro:

-¿Carnet vencido?

- Sí.

- ¿Certificado de domicilio, que se solicita por la Policía?

- No.

(Lo taché)

¿Formulario médico?

Sí.

¿Dónde?

En el "Polivalente".

-¿Cuándo?

-De 8hs.en adelante, señor. (Lógicamente, el papelito no lo decía, por supuesto...)

-¿3 fotos, fondo blanco, de 4 x 4?

-No, de 3 x 3.

(Nueva tachadura, un centímetro, es un centímetro...)

Esto de las fotos también tiene su importancia, pues luego de sacarme las instantáneas de rigor, sin anteojos, me hicieron sacar otras, con anteojos, que eran las correctas en la Provincia.

Para adelantar el trámite, decidí ir al “Examen Médico”. Llegué al “Polivalente” con cierta aprensión, pues allí atienden a las futuras madres, y eso me resultaba algo embarazoso.

Luego de hacer cola, recité el “Introito al Trámite”, ya de memoria, a lo cual el empleado me respondió:

-¿Grupo sanguíneo?

-No tengo, digo, no lo tengo, digo, no lo sé... ¿Qué hago?

-Vaya al lado, que se lo van a sacar.

Fui al lado, donde fisgoneé con cuidado diversas oficinas, mostradores y pasillos desiertos, hasta dar con dos hombres, no sé si enfermos ó médicos, que me indicaron una puerta, cerrada y sin indicador alguno.

Llamé tímidamente, pues dentro se oían voces femeninas, y uno no sabe nunca de qué pueden estar hablando...

-¡Pase!

Dentro, dos enfermeras indescriptibles, una gorda y otra también, siguieron platicando, y, luego que hube rezado nuevamente el “Introito al Trámite”, me pincharon el dedo, me sacaron sangre y me dieron un cartoncito, con mi “Grupo Sanguíneo”, condición indispensable para conducir automóviles.

En el otro viaje, hecho ex-profeso, y ya con lo que creía era el “Todo-Todísimo”, volví al “Polivalente” para continuar el Trámite.

Puse sobre el mostrador, triunfal, el “Grupo” y la “Libreta de enrolamiento”.

El empleado la hojeó, me miró y dijo, más triunfalmente:

-No sirve. Tiene Domicilio de Capital Federal.

Estuve tentado de decir, ¿Por qué no me lo dijeron antes?... Pero eso habría sido ridículamente anormal.

-¿Y si traigo un certificado de domicilio?

-(....) (....) (....) (Aquí gestos variados de cejas, hombros, lapicera, etc...)

Confieso que a esta altura, tonto de mí, ya estaba enojado, así que el escandaleta de que hice partícipe a mi familia, fue en crescendo, y mi padre, que tiene "banca" en la Poli, a los diez minutos estaba de vuelta con un certificado de domicilio en que constaba que vivía en ese lugar, cosa que era indiscutible, a nivel oficial.

Volví, no muy triunfal, y puse el papel ya sobre el filo del cierre-horario, bajo los ojos del empleado.

-No sirve. Tiene que estar asentado en la Libreta de Enrolamiento. Estuve tentado de decir, ¿Porqué no me lo dijeron antes?, pero eso etc. etc...

-Está bien, iré al Registro Civil y haré el cambio de domicilio legal. ¿Está bien así?

-No sirve. Tiene que hacerlo con cuatro meses de antigüedad...

Aquí, sí me enojé. Estaba vencido... ya era el mes de Diciembre. Los seis meses se habían evaporado. La imposibilidad, Einstein mediante, de hacer retroceder el tiempo, estaba fuera de alcance.

Volví, con la frente marchita... y de pronto, recordé... ¡El Gordo!, en la Municipalidad, era el encargado de esas cosas... El se las sabía todas...

Al entrar, el Intendente, viejo vecino y conocido, me saludó al igual que a mi padre, que llevaba de ladero, y charló un ratito de bueyes perdidos con nosotros.

Buscamos al Gordo, lo llamamos, y... nuevo recitado del Introito al Trámite, y Réquiem subsiguiente.

-No, ya no me ocupo de nada de eso. Pedí pase de Sección, porque me volví loco con problemas. No hay nada que hacer. Es Ley Nacional. Antes sí, ahora no. Tiene que renovarlo en Buenos Aires... e hizo mutis por detrás de una columna.

A partir de ese aciago momento, comencé una carrera contra reloj, o contra almanaque, pues quedaban pocos días para iniciar el Trámite en Capital Federal.

Ante ello, previsoramente, decidimos que mi esposa, cuyo carnet vencía el mismo día que el mío (Kafka no tuvo nada que ver) y era la carta fuerte que me reservaba, iniciara, paralelamente su trámite de Renovación.

A la noche del día señalado, puse delicadamente sobre el escritorio cien mil para el Sellado y su carnet a vencer.

A la madrugada (al que madruga, Dios lo ayuda) pues a las 7 p.m. comenzaban a atender, salió rumbo a la Dirección de Tránsito.

A las 10, volvió cabizbaja. Había perdido el Carnet...

Ya entrando en el terreno de la desesperanza, que es la antesala de la desesperación, fui a Renovar mi carnet en Capital.

Recité el Introito al Trámite, y...

-No sirve, es de Provincia, aquí no lo puede renovar. (Ahora Kafka se reía a carcajadas, corriendo entre las indiscifrables "colas" que llenaban todo el local.

- ¿Qué hago?

-Tiene que sacar uno nuevo, aquí.

Inicié pues, el Trámite, para que me diesen un carnet autorizándome a conducir el auto que conducía desde diez años atrás. (Aquí, Kafka se frotaba las manos, bailando de gozo...)

Describir el Trámite es tarea que sólo dejaría a Dostoiewsky.

Seré, pues, sintético-analítico.

1) Pago de sellado (normal)

2) Llenado de solicitud, con datos personales (normal)

El examen.

Salí temprano (al que madruga...etc.), rumbo a la pista, en mi Ami 8 veterano. Me quedaban dos días de Registro de conductor.

Luego... suspenso.

Así fue como fui legalmente autorizado para conducir mi automóvil, a rendir examen para demostrar que podía ser legalmente autorizado a conducir mi automóvil. (Aquí, Kafka corría a mi lado, entre el tránsito ciudadano, aplaudiendo a rabiar...)

Terminado el examen, consistente en un atroz paseo con trampas variadas, es digna de destacar la última, perdón, penúltima.

Aquí va:

El examinador, después de hacerme notar qué cara estaba la vida... dijo, "Está bien, ahora volvamos por aquí. Al llegar al semáforo, doble a la derecha. Aunque esté en rojo, no pare..."

-¿Seguro? ¿En verdad cruzo en rojo? (dije, en el colmo de la desconfianza.)

-¡ Sí", si", crúcelo ya! ¿No ve que estamos muy apurados? ¡Mire la cola que hay!...

Y con este colofón admirable retorné a las oficinas (Kafka ronroneaba de júbilo dentro de los cilindros del motor...)

-Vini, vidi, vici, me decía, ya eufórico, cuando después de otra espera en la cola respectiva, me dirigí a que me sacasen la "foto".

Al oír mi nombre pasé a una oficinita, donde una agente de policía, ratificó mis datos en la ficha, y me indicó al Sr. Fotógrafo. Este era un complemento para apretar el botón de una máquina, automática en casi todo.

- ¡Contra la pared!, - me ordenó.

Pensé con sorna en un pacífico fusilamiento contradictorio del olvido, y súbitamente recordé el doble juego de fotos en la Provincia. Así que me puse los anteojos, como correspondía, en el mismo momento en que escuchaba un airado:

- ¡Sin anteojos! (Kafka suspiró deleitado, espiando por el objetivo)

- ¡Mire el punto rojo... Yastá!

Hice una nueva cola, ¡la última! para que me diesen el ansiado carnet..., y en lugar de ello, me dieron un cartoncito que decía: "NO AUTORIZA A CONDUCIR". Retirar dentro de seis días hábiles en..."

¡Vencido! ¡El carnet había vencido!

Junto con Kafka, hice cálculos de tiempo y espacio para lograr que seis fuera igual a uno, el único día hábil que me quedaba, y nos declaramos vencidos por la burocracia y la lógica...

Algunos sucesos posteriores, fruto de la desesperación y la exasperación, no carecen de gracia.

Tuve "cargadas" y conmisericordias. Todos me dieron consejos y estrategias, pero en lo íntimo, yo sabía que no se podía luchar contra Kafka.

Mi concuñado dijo que el camino era la coima, o la palanca. Se intentaron, pero la primera (se trataba, simplemente de que me entregaran un día antes el carnet) se estrelló contra mi ignorancia culpable de ese "Trámite". El "palanqueo" ofrecido por el bromista de mi concuñado, fue "una aventura inolvidable", digna de "Selecciones del Readers Digest".

El "contacto" debía ser establecido con un desconocido, de nombre olvidado y sugestivo, a hora y minuto determinado, en el piso 8º (frente al ascensor) de una oficina Municipal. Con este desconocido peticionante arquimedesico, bajo el lema "dadle una palanca y conseguirá "el carnet"...",

la cosa funcionó misteriosamente, mientras Observaba el obelisco desde un amplio ventanal.

- ¿Fulano?

- ¿Fulano?

El "hombre-contacto" me guió hasta una oficina bastante lujosa, donde fui efusivamente atendido por dos secretarias lujosas. No habría problemas, ¡faltaba más!, dijeron, luego de musitar yo, nuevamente, el "Introito al Trámite". La "cosa" se manejó por teléfono, y, del otro lado, indicó la "Señora X" que no podía hacerse nada, "por las fiestas de fin de Año". Suspiré casi con alivio, di las gracias, y me despedí llevando el nombre de la "Sra. X", que debía ver de parte de la "Sra. Z", por si acaso... La esperanza nunca debe perderse, así que guardé el papelito en la billetera, con mucho cuidado...

Como soy terco, y perdido por perdido, fui a hablar con la "Sra. Z". En el "Edificio de Tránsito", el desorden de las filas era indescriptible, unas subían, otras bajaban, unos iban, otros venían, y otros estaban, como una señora cansada, que se sentó en medio de la escalera, provocando una grave obstrucción del Tránsito ascendente-descendente.

La "Sra., X" estaba arriba, pregunté por ella, y dos porteros u ordenanzas, me dieron un papelito que decía: "Nombre de la persona que quiere ver". "Nombre de la persona que lo recomienda", "Nombre" Puse, "Fulano", "Sra. X", "Sra. Z". Esto, por lo visto, estaba bien organizado.

A los "recomendados" (que eran muchos más que los comunes) los hacen pasar de a dos. La Sra. que pasó conmigo tenía el mismo problema. (¿Qué cosa tan extraña, verdad?)

-Rezo el "Introito al Trámite", y su estado actual.

- No se puede hacer nada. No tengo el "material".

- Ite, missa est.

¿Creerán que aquí termina la cosa? -No, la historia tiene un final feliz.

Al no conseguir el carnet, debió manejar mi esposa, por caminos poéticos y

alejados de las rutas trajinadas, y, para colmo de dicha, como mi cuñado había “sugerido” que debía agradecer los desvelos de la “Sra. Z” con algún delicado obsequio, fuimos comiendo durante el viaje, los bombones frustrados.

Por supuesto, a Kafka no lo convidamos.

1981/1982.

EL CRIMEN

Cuando me comisionaron para resolver el enigma de la calle del Mercado, lejos estaba de suponer que su resolución me colocaría ante un callejón sin salida. En el número 50 de la mencionada calle se hallaron accidentalmente, durante unas tareas de refacción y apuntalamiento, restos humanos correspondientes al tronco de un hombre. El estudio antropométrico aplicado reveló que era de edad avanzada.

Mis indagaciones se proyectaron, en principio, a la determinación de la identidad del occiso y sus relaciones con el ámbito en que fuera hallado.

Se procedió científicamente a la rutina del vaciado en yeso, tanto de esos restos, como de diversas huellas e indicios que en el curso de la investigación fueron preciosos testimonios, al igual que algunos objetos domésticos.

Cuando se hizo el hallazgo, la casa se hallaba completamente desmantelada. No se encontraron objetos de valor. Algunos enseres de cocina estropeados, restos de carbón apagados, unos trozos de pan, duros como piedra, y espinazos de pescado delataban quizá su última y modesta comida.

Sin embargo, la casa era grande y digna, fuera de algunos cubículos estrechos en el fondo.

En el gran patio restallaba el sol del mediodía, y al volver al lugar donde fueran hallados los restos yacentes y retorcidos, después de haber deambulado buscando indicios por las habitaciones desnudas y ruinosas, entreví, en la pared de la cocina, sobre los extraños dibujos que la humedad y el tiempo forman sobre los muros encalados, una inscripción de trazo negruzco y recio que mis ojos desacostumbrados a la penumbra del lugar

no habían observado antes. Deduje que había sido hecha con un trozo de carbón tomado del fogón, y, por lo tanto, que era algo circunstancial, pero en nada carente de importancia, según lo afirmó el curso posterior de los hechos.

En grandes letras de tipo imprenta como se dice vulgarmente, se leía:
"M CADAVER NUMERO M A MURENA"

Se fotografió la inscripción para un eventual estudio pericial. Era evidente que el manuscrito había sido hecho por él o por los homicidas. Aún dentro del enigma que representaba, su relación con el hecho me pareció incuestionable.

Dudé, la duda siempre ayuda en estos casos, entre una pista falsa, un crimen ritual, una venganza atroz, un ajuste de cuentas entre gente del hampa...

La posición del cuerpo, casi con la mitad del torso sobre una losa de mármol blanca, permitió establecer, por las manchas del mismo y por el estudio de los rastros de percusión, que el homicidio y subsiguiente desmembramiento se habían hecho en el lugar del crimen. Los golpes rudos dejaron abundantes huellas de hachazos sobre la delicada superficie caliza.

Mis ayudantes, y yo mismo, buscamos afanosamente el arma y a la vez utensilio de tan macabra tarea, con resultado infructuoso.

Podía imaginarse la tremenda escena, su truculencia, pero el enigma, las motivaciones del crimen, me dejaban perplejo, a pesar de mi larga experiencia en esas investigaciones.

Era un crimen, por así decirlo, firmado. La vanidad de los delincuentes es notoria. Lombroso, Ingenieros, entre otros, lo han estudiado a fondo.

La hipótesis de que el asesino o alguno de sus cómplices o coautores hubieran querido dejar constancia escrita de su autoría en el crimen y a la vez gozar de impunidad haciendo desaparecer la cabeza y los miembros, era una hipótesis tentadora.

Los anales de la criminología se hallan atiborrados de esos casos y entendiéndolo así mis ayudantes técnicos no extremaron el celo en su tarea.

El caso se cerró provisionalmente y todo habría quedado en la nebulosa del misterio, a no ser por una circunstancia fortuita.

Cuando ya había olvidado el suceso y me hallaba ocupado, lupa en mano y ojo en lupa en un estudio rutinario, fue reclamada mi presencia en el Despacho del Jefe del Departamento. Luego de alabar mecánica y distantemente mis cualidades de buen investigador, me alcanzó un pequeño expediente caratulado: Calle de la Abundancia N° 22 - Sumario e inventario preliminar.

Una rápida ojeada me bastó para interiorizarme de la naturaleza del caso. Había aparecido el resto de los misteriosos restos. Las fotografías que ilustraban el informe (los técnicos ya había hecho los moldes de yeso respectivos), eran realmente macabros. Las piernas, completas y ligadas, en posición invertida, los dos brazos en igual forma, con sus manos crispadas; y la cabeza, como una máscara blanca, grotesca y difusa de ojos cerrados en las grandes cuencas. Seguía una larga descripción de objetos, croquis y planos en escala con la ubicación de los restos del mobiliario, evidenciando la necesidad de hacer méritos del empleado de planimetría.

La conexión de los dos casos era evidente, y el Jefe me asignó a la investigación, de conformidad con el Reglamento, por mi intervención anterior.

Al día siguiente, fui al lugar del nuevo hallazgo. Los técnicos ya habían hecho una requisita de elementos conexos y enviado a Laboratorio los objetos pequeños, pero aún quedaban algunas botellas y vasos de un hermoso vidrio azul; lámparas y una pesada y lujosa cama de bronce y todo aquel menaje que siempre me produce un vago sentimiento de melancolía por el abandono final de las cosas visitadas por la muerte y el olvido.

Consulté el expediente y me dirigí a la habitación donde se hallaron los restos. Alguna corazonada me decía que allí estaba la clave de todo, pero mi ilusión se desvaneció. No encontré nada de interés. Tan sólo en una pared atrajo mi atención el retrato pintado de una bella joven, de grandes ojos pardos, con vestido verde y una capa violácea sobre los hombros, que sostenía en su mano izquierda un anotador y en la derecha el útil para escribir, apoyando su extremo sobre los labios. La mirada y el gesto me persiguieron. Parecía imponer silencio y a la vez indicar que hablaba, que sabía algo que yo ignoraba.

Salí de la casa con un sentimiento de frustración y como perseguido por esa mirada. Caminé por la estrecha vereda donde crecían algunos pastos verdes y ralos entre las grietas hasta llegar a la esquina, crucé en diagonal sobre el empedrado de la calle y me dirigí cavilando a mi oficina, bajo un cielo azul y agobiante. Me esperaba una tarea interesante para mi vocación, pero tediosa, ya que además del arma homicida -una pesada hoja de acero hallada en el lugar- tenía sobre el escritorio una gruesa carpeta con transcripciones dactilografiadas de toda la documentación hallada en el domicilio del presunto victimario.

Una tras otra, las hojas me fueron pintando a lo vivo a su dueño. Pagarés y más pagarés. Hipotecas sobre terreno, fincas. Prendas sobre joyas del más diverso tipo se sucedían una tras otra.

Entre los objetos hallados había un pequeño cofre de plata lleno de joyas, piedras preciosas y monedas de oro. Un verdadero tesoro, minuciosamente inventariado para evitar tentaciones burocráticas.

Los pagarés estaban, fuera de algunos endosados, librados a favor de un tal Mario Sirio. Su profesión de usurero era evidente. Una pequeña balancita ratificaba su codicia del áureo metal. La contabilidad me hizo de pronto pensar en la joven de la pintura. ¿Sería ella la que redactaba todos esos condenados documentos?

El gesto de escribiente habitual en que había sido retratada lo hacía probable. Quizá fuese la hija del usurero.

Por costumbre, comencé a examinar las transcripciones en el dorso, con diversas anotaciones y cuentas. Súbitamente, una frase detuvo mi pausado hojear: M CADAVER NUMERO A. C D.H.N.S.L. XII FOLM. VALE. MARIO SIRIO”.

Confieso mi ignorancia en ciertos temas. La frase me resultaba incomprendible a pesar de mis conocimientos de criptografía, pero su conexión directa con el caso de la calle del Mercado era total.

Los criminales se valen frecuentemente de abreviaturas, de códigos secretos que es necesario descifrar por métodos científicos y curiosamente afines con la matemática, las más de las veces.

Me apresuré a llevar los dos enigmas que conectaban entre sí al descuartizado al encargado de la Sección respectiva. Me recibió con una sonrisa irónica. Mis ayudantes siempre se toman esa pequeña venganza cuando recorro a sus especialidades.

Comenzó a traducir pausadamente, anotando en un papel el sentido de aquellas frases.

La primera decía: M(ario?) CADAVER NUMERO M(il) A(solvo)- MURENA. Confieso que entendí menos que antes, pero nada delató mi perplejidad ante las miradas de soslayo del criptógrafo.

La otra inscripción decía: “CADAVER NUMERO A(Bsolvo) C(Cien mil) D(efuncti) H(eredem) N(on) S(equitur) L(ege) XII (duodécima) FOLM (inatrix) VALE. Mario Sirio

Le dí las gracias, sonrojado por mi ignorancia, y salí de vuelta presuroso a mi oficina. La joven del retrato, con su estilo misterioso, musitaba ahora, claramente ante mis ojos, palabras cargadas de crueldad.

Junté los dos expedientes, tomé una ficha técnica, y con trazo seguro redacté el encabezamiento del informe: “Cobro a un insolvente de una deuda solidaria, conforme a la ley de las Doce Tablas, Año 79”.

Mientras llevaba el expediente al Director del Museo, miré a la distancia, recortado sobre el cielo muy azul, al Vesubio que se erguía como un gigantesco manto de piedra, cubriendo la tierra de una bruma vaporosa y lejana.

Nápoles, 1979.
Juan Alberto Pégamo .S.f.

LA PULSEADA

En la estancia las Coronillas, una tarde de 1920, cayó al puesto de don Casildo, en un matungo cansado, un mocetón vasco alambrador, que dijo iba de paso a la estancia "La colorada", donde estaban haciendo potreros nuevos. Pidió hacer noche allí, pues había más camino que horas de luz. Don Casildo, que era hospitalario como todos los puesteros de esta tierra, hizo poner a su vieja un cogote de cordero medio seco a hervir, con batatas y papas, como para hacerle fiesta, mientras se disponía a una mateada con el vasco .

Las escasas noticias de fuera eran siempre bienvenidas, y el puestero y su mujer vivían tan olvidados de patronos y peonadas, por la lejanía en medio del monte, que una visita cualquiera era el motivo de diversión... o de aprensión..., según la facha.

Pero el vasco era, de verlo nomás, un trabajador del campo, rebosante de vitalidad y buen humor. Mirándolo de arriba para abajo, una boina negra, una jeta redonda, ojos azules, un pañuelo colorado, camisa blanca, un poncho marrón al hombro, bombacha con faja negra y las medias blancas por encima, sobresaliendo de unas botas fuertes y cortonas. No hay para más, como no sea decir que sus brazos, con músculos tremendos y la muñequera de cuero negro, con dos hebillitas, eran el hábito que hacía al monje.

Conversaron un buen rato de cosas comunes, haciendas, campos, un algo de peludos y orejudos y hasta encontraron buena ocasión, según Don Casildo, para acompañar el puchero de pobre con una buena botella de rico tinto, lujo insólito en la miseria del rancho.

Estaban alegres y amigables, ya al fin de la tarde, y empezaron a jactarse, con bromas y mentas variadas, de sus respectivas destrezas en los trabajos del campo.

Cuando Don Casildo contó por enésima vez, poniendo a su mujer por testigo, el día aquél en que volteó el toro negro de Don Facundo con un pial sostenido a sólo brazo, el vasquito no lo pudo aguantar, y lo convidó a una pulseada, que el otro esperaba ya con alma y vida.



Pusieron dos banquitos frente a la mesa de pino, blanca de tantas fregadas, y sobre ella dos viejas monedas de cobre de un centavo, ya en desuso, para apoyar los codos, de manera que fuera justa, y pusieron

frente a frente los membrudos brazos, como dos personajes que se retan a un duelo amigable pero sin cuartel.

Desde el vamos comprendieron que las fuerzas eran parejas. Tantearon algunas "mañas", pero los dos eran entendidos en esa clase de tareas de fuerza, probados en boliches y rodeos. Los músculos tensos, los tendones como cuerdas pulsando alguna debilidad, más deseada que entrevista, los mantenían inmóviles, como si ningún esfuerzo aparente se realizase. Sólo alguna leve oscilación en el equilibrio de fuerzas, algún pequeño gesto en los labios o la mirada, pasando de la sonrisa a la dureza, eran signos de la feroz lucha.

Al aparecer las primeras estrellas, la vieja, silenciosa, encendió una vela de sebo, en el gollete de una botella vacía, y la encendió con la llama de un palito. Las luces hicieron brillar las gotitas de sudor en los rostros contraídos. No aflojaban.

Cuando amaneció, a la vaga luz que se coló por la puerta del rancho, pudo verse a la vieja dormida en un rincón, y los contrincantes, inmóviles junto a la botella chorreada de sebo. Habían pasado toda la noche con los músculos jugando ese juego de fuerza, tercamente empeñados en vencer o no ser vencidos. Con los ojos enrojecidos, apoyados los codos en las monedas, no se habían movido esos brazos fuera del equilibrio inicial, rudamente apretadas las callosas manos.

Y cuentan algunos, que muchos años después, en una tapera perdida en medio del monte cerrado, encontraron dos esqueletos sentados frente a frente, con sus diestras unidas, apoyadas y derechiiiitas. ¡Habían muerto pulseando, por no aflojar!

Bs. As., 25 /XII /82

EL TESORO

Vea, Señor, usted no lo va a creer, pero Buenos Aires tiene muchas sorpresas y cosas misteriosas. A veces no es necesario ni siquiera tener imaginación para encontrarlas.

No le voy a negar que pueden haber influido en mí algunos libros, los de Salgari, por ejemplo, y al último, uno de Draghi Lucero, que hablaba de un "tapado". No lo digo por atajarme, siempre me gustó leer cosas de aventuras. Yo le voy a contar todo, si no me apura.

A mí me parece que mi confusión mental empezó con la historia que de chico me contaron, de que al fin del arco iris había una bolsa llena de monedas de oro. Después fui oyendo muchas otras historias de tesoros enterrados, "tapados", que le dicen, leí hasta en los diarios, que se habían encontrado tesoros perdidos, por aquí, y por allá.

Bueno, yo le contaré todo lo sucedido, en detalle. Usted sabe que las manzanas de Buenos Aires, se parecen a la famosa manzana de la discordia. No hay una casa que se lleve bien con otra. En el medio hay un lugar abierto, que le dicen "pulmón de manzana", para que la gente pueda respirar.

Por afuera, estos misteriosos conglomerados municipales están limitados por fachadas que se pelean una con otra, y ni por las tapas, puede imaginarse lo que hay adentro.

Yo se lo digo, porque es mi oficio. Hace como treinta años que trabajo honradamente con mi inmobiliaria "Rodríguez y Cia.", en el barrio de Constitución. Aquí tiene mi tarjeta. Lo de "Cia." es para dar lustre, ¿sabe?, pero yo trabajo solo.

Todo transcurrió, de varios años a esta parte, entre uno de estos límites, en secreto, y usted es el primero que lo sabrá, aunque juré no contarle nunca.

La cosa me fue revelada "in artículo mortis", por el finado Don Dionisio Céspedes, amigo y convecino en este barrio.

El buen hombre, que en paz descanse, con cuya amistad me honraba, me dijo, poco antes de emigrar definitivamente nombrándome albacea de sus escasos bienes, que siempre había soñado con ser rico, aunque no sabía bien para qué.

Por ese tiempo, me acuerdo que el hombre comía salteado, y con trancos cada vez más largos, según pude comprobar a poco de conocerlo. Vivía frente a mi negocio de inmobiliaria, en una de esas casas viejas que se resisten tercamente por toda la ciudad, y que fueron, en su tiempo, de "bacanes". Zaguán de mármol con estuco hasta el techo, vidrios biselados, mosaicos de colores; un patio lleno de macetas con helechos, malvones, algunos rosales tristes, y una jaula sin canarios.

De su familia, sólo le había quedado una caja llena de fotos en blanco y negro, algunas amarradas de viejas, que una vez me mostró diciendo que ya no las miraba más.

Para abreviar, Señor, vivía solo, cuesta abajo en la rodada, lidiando con la "mishiadura" progresiva, gracias a una irrisoria jubilación de empleado de Aduana.

La casa le quedaba grande, y cada vez más pesado mantenerla. Se iba descascarando junto con sus recuerdos.

Yo le había aconsejado vender o alquilar algunas piezas de esa casa "chorizo", bajo mi administración, por supuesto, -¿Para qué están los amigos?-, de manera que pudiera salir adelante. Pero siempre me decía que le daba vergüenza; lo cual, no voy a negar, me privaba de la comisión correspondiente.

Yo lo seguía de cerca, cuando lo visitaba en su casa, y de lejos, cuando salía de ella. Algo me decía que el hombre era misterioso, y no me equivoqué...

A Don Dionisio le gustaba irse al fondito de la casa, donde sombreaba una higuera, casi pegada a la medianera baja, donde supongo que iba a soñar recostado en la pared de ladrillos montada sobre barro, todos los sueños y fantasías que llevamos dentro, y que a él le venían de lejos, allá por el Centenario.

A veces juntaba unos higos caritativamente dulces y nos íbamos a la cocina, donde él los saboreaba mezclándolos con frases amargas en su boca, cada día más llena de silencios y vacía de dientes.

Colijo, Señor, que al principio de su soledad, por sus dichos y mis indignaciones, le gustaba salir a pasear. Yo mismo lo seguí de lejos varias veces para ver a dónde iba. Pero siempre lo hacía por el barrio, y últimamente, sus salidas se fueron espaciando, a medida que se acortaban sus pasos, de manera que no llegaba a más que dar una vuelta a la manzana.

Entornaba en la puerta de calle, después de cerrar con llave la cancel, y lentamente miraba a los costados y arriba, los enormes edificios de departamentos que parecían querer comerse a la casa vieja. Seguía, pasando revista a las baldosas flojas, a las renovadas, miraba la vidriera de la ferretería, el zaguán de la otra casa vieja de sus vecinos, las baldosas de goma del nuevo edificio de la esquina con sus grandes cristales ahumados.

Pero, no se impaciente, señor, es necesario conocer bien el barrio, para darse cuenta de lo que sucedió.

Así como yo lo seguía, sígame usted. La otra calle, al parecer le gustaba más a Don Dionisio, seguramente porque todavía conservaba los árboles, unos arcos de tronco retorcido nudoso y carcomido, pero que al menos vivificaban en algo tanta línea recta y sequedad de mampostería. En esa cuadra a la mitad justa, hay una pequeña juguetería, un quiosco, y más y más casas de departamentos, hasta que se llega al café de la otra esquina, remozado ahora

con abundancia de espejos y mesitas de “fórmica”. Yo antes solía ir allí, cuando todavía tenía las sillas de viena. Esas que ahora les dicen “Thonnet” y las buscan como locos los anticuarios de San Telmo. Bueno, abrevio,... Al dar la vuelta a la esquina segunda, nace una calle gris, la más vieja de la manzana, llena de veredas rotas y desparejas, levantadas por los raigones de los añosos plátanos. Las paredes de las casas, en esta calle, son de principio de siglo, y están, la mayoría, con los ladrillos al aire, que es como decir que ya no van más. Una de ellas, la tengo en venta desde hace rato, por valor terreno. Pero no hay caso. La cosa no se mueve...

Y ahora escuche bien, Señor. Una de ellas le llamaba mucho la atención a Don Dionisio. Yo lo veía detenerse allí, creyendo que llamaban su atención los abundantes ornamentos de estuco, entre los que no faltaban unas lindas cabecitas sonrientes sobre las ventanas cegadas vaya a saber desde cuando. Por las celosías rotas, se veía el esqueleto del techo caído y los yuyos que crecían sobre el muro. El abandono era total, a juzgar por un hilo de agua formando un eterno charquito que fluía, como de una fuente por el roto umbral de mármol de Carrara, que debía sortear cada vez que pasaba por allí. Nunca pude averiguar de quién era, ni por Catastro, y eso que me moví. Aquí en Buenos Aires, aunque no crea, todavía hay casas con escrituras de toda época de la Colonia.

De las casas abandonadas que he conocido, y son muchas, esta era algo así como la ideal. Misteriosa por los cuatro costados .

Usted no imagina, Señor, las cosas que puede haber en estas casas abandonadas. Tesoros, señor, verdaderos tesoros, que se pierden en el tiempo y la ignorancia. Sin ir más lejos, el autito que tengo, se lo debo a un rarísimo jarrón de Sevrès, que estaba medio enterrado con cachivaches en el fondo de una de ellas. Yo conozco de leyes, señor, y era, no dudarlo, una “res derrelictas”...

Unos meses antes de que Don Dionisio diera su último paseo al más allá, me pareció notarlo más alegre, casi jovial.

Había invertido algunos de sus escasos pesitos en lo que estimé eran materiales de construcción. Unos metros de arena, algunas bolsas de cemento y maderas de demolición me hicieron pensar que estaban por arreglar su casa, que buena falta le hacía. Esta errónea suposición, como enseguida le voy a explicar, me conformó pocos días después, cuando al visitarlo para chusmear algo me convidó al ir al fondo a buscar algunos higos. Entonces vi que una parte de la medianera del fondo se había desplomado y yacía en escombros, dejando ver, impudicamente, el trasero lindante de la decrepita casa de las cabecillas, velado por un yuyal impenetrable.

Los arbustos de “palán-palán” por arriba, y las raíces de la higuera, por abajo, eran los culpables de la destrucción y caída del muro de occidente.

Todos estos detalles hay que tenerlos bien en cuenta para comprender que es la fortuna la que nos busca a nosotros, y no al revés. Por algo a la ocasión la pintan calva...

Yo ya había intuido que la vida de mi vecino no se alargaría mucho más de algún otro invierno, por lo cual comencé a trazar algunos planes propios de mi honesta actividad al servicio del prójimo. Estos planes consistían en un albaceazgo, como mínimo, y un testamento ológrafo, como máxima.

No era cosa de favorecer gratuitamente al Fisco con una sucesión vacante, en ausencia de herederos, que, ciertamente, no los tenía, de eso doy fe.

Las cosas habrían marchado sobre rieles, como se dice, pero se negó obstinadamente a transar por el máximo, de audiencia, cosa que atribuí a un principio de arteriosclerosis, que él era muy rico, y por nada del mundo se desprendería de la casa, que era su tesoro. Dí por sentado que estaba loco, con eso que le dicen reblandecido, cuando para que nadie oyese, abriendo los ojos afiebrados, me miraba fijo, encerrándose de nuevo en su silencio ante mis sentimientos piadosos.

Mi inquietud fue en aumento, ya sabe Ud., Señor, por qué, cuando cayó enfermo, y a pesar de mi insistencia y de la del médico de la mutual que lo atendía, se negó a abandonar la casa para ir a un hospital.

La tarde anterior a su muerte, Don Dionisio, finalmente accediendo en parte a mis ruegos y perseverancia, me pidió que llevase el documento en que me nombraba albacea, para firmarlo. Lamentando tan voluble lucidez, se lo entregué, y me lo devolvió firmado con algún trabajo pues estaba en cama, sin poder moverse casi.

Le aseguro, señor, que me sentí conmovido. Después de todo, eran años de vecindad, de amistad, a mi manera.

¿Quiere creer, Señor, que en esas, va y me dice: "El tesoro..., el tesoro enterrado..."?

Pensé que desvariaba de nuevo, pero insistió, con voz entrecortada. que yo era su amigo, que él ya no podía hacer nada más, y que me lo regalaba, con tal que me jurase mantener el secreto. Le dije que sí. ¿Qué más daba...?

El pobre a duras penas consiguió sacar un papel doblado del cajoncito de la mesa de luz. Me saltó el corazón pensando que a lo mejor había hecho el testamento con la minuta que yo provisoriamente le había redactado, pero, en vez de eso, resultó ser un plano ferropusiano, donde al desplegarlo, puede leer, escrito a mano con un marcador: "plano del tesoro".

Ente aquellas paredes descascaradas, con un moribundo que desparramaba con sus pálidas manos sobre la raída y descolorida colcha roja, la aventura y el Tesoro, le juro, Señor, que entré con todo, a ese misterio.

Entre largos y trabajosos silencios, me puso al tanto del asunto, que consistía, lisa y llanamente, en llegar, cosa que ya no podía hacer, a un fabuloso tesoro enterrado.

Cuando se derrumbó la medianera, se le había dado, naturalmente, por curiosear la casa abandonada. Allí, entre unos trastos viejos, y unos baldes y pala y picos oxidados, había encontrado ese plano. Con él había encontrado el principio de su aventura y de la mía.

El comedor de la casa de las cabecitas, conforme al plano, estaba en la entrada de un túnel, en el sótano, que explicaba las pequeñas montañas de

tierra y escombros, ajenas a la ruina, que estaban desparramadas por todos lados, cubiertas de malezas.

Algún antiguo habitante de la casa había comenzado esa tarea inconclusa de buscar el tesoro, y él la había proseguido, esperanzado y alucinado, quedando, por razones ajenas a la ruina o a su voluntad a un paso del éxito, según me hizo ver en las anotaciones que había hecho el plano.

Ahora, a su muerte, yo debía proseguir la búsqueda, encontrar el tesoro, a su pedido, y más que nada, porque ése era mi destino.

Me entusiasmé. Aunque no lo creía del todo, confieso que ardía en deseos de comenzar la búsqueda. Se murió al poco rato, con los ojos abiertos, y los cerré con dos monedas, que fueron el único tesoro que pudo llevarse por un ratito de aquí.

Después de haberme hecho cargo de su último suspiro, me encargué de los trámites legales y de su modesto sepelio. Veá, Señor, aquí está la boleta de la funeraria. Dejé pasar, por respeto, los días de llanto y luto reglamentarios y pasé a la casa para cumplir su última voluntad y porque no aguantaba la curiosidad.

De entrada comprobé la veracidad de su historia. Plano en mano me metí en el sótano de la casa de las cabecitas.

La humedad, el polvo, la tierra removida, las telarañas me llenaron de aprensión, pero, sobre uno de los cimientos laterales vi un gran agujero negro que se tragó la luz de mi linterna. Me metí en él. Se podía andar algo agachado por el estrecho túnel, siempre apartando telarañas. Terminaba en una especie de boca de ladrillos derrumbados. Al pasar adelante, me vi en un nuevo sótano a juzgar por las vigas y el tablazón de pinotea, llenos de moho y hongos, que rozaban mi cabeza.

Allí se podía estar de pie. Consultando el plano, vi que me faltaba un largo trecho para llegar a los últimos lugares señalados por el finado.

De pronto oí voces y pasos encima mío. Apague mi linterna y escuché, temeroso de que me descubrieran allí.

Pero enseguida me tranquilicé. Yo estaba en otro mundo, un mundo subterráneo, totalmente ajeno al de arriba, con sus cotidianas alegrías y tristezas. Lo que escuché me bastó para saber que me hallaba precisamente bajo la vieja casa de los vecinos de Don Dionisio, pues oí claramente la voz de Doña Asunta, vieja conocida del barrio y discutidora perpetua en la carnicería, la verdulería y el almacén.

A partir de allí, seguí por un verdadero laberinto de túneles, agujeros, pozos y sótanos variados que profanando las entrañas del urbanístico delirio, daban a un grueso muro de ladrillos, postrer trabajo de Don Dionisio. El plano indicaba que allí estaba el tesoro enterrado. Calculé, conforme al plano, que estaba varios metros bajo tierra, y considerando que la modesta pala y el pico de que se valía Don Dionisio eran poco aptas para el trabajo, decidí llevar equipo más apropiado que me abreviara la tarea, urgida por mi impaciencia.

El viernes ya tenía instalada una precaria iluminación, con un larguísimo cable y una lamparita eléctrica. Seguí trabajando como poseído, y ya a la madrugada del sábado había logrado profundizar el hueco y cortar la gruesa mampostería. Allí, en ese pozo, fruto de mis afanes, había una caja de hierro. Al fin había llegado. Era imposible moverla, de manera que mi previsión estuvo justificada. Había llevado una sierra giratoria de carborundo, que permitió hacer el último agujero; y sudoroso y radiante de alegría, a pesar de la escasa luz, tuve entre mis manos el fabuloso tesoro de Don Dionisio. Llené varias bolsas. La codicia rompe el saco, dice el refrán. Lo confieso, Señor Juez ¿pero como iba a saber yo que era el banco de la esquina?

Bs.As. 1984

PAPIROLA

Un ensayo de literatura integral debiera darse por medio de la íntima relación entre poesía, prosa y plástica (ésta entendida como signos coadyuvantes de la actividad mental total). Hasta podría decirse que esa integración, algo lograda en la órbita musical, escénica, ya existió y existe – El LIED es un aspecto perfecto de esa simbiosis-, la ópera, los oratorios sagrados, que se remontan al esfuerzo por elevar místicamente la expresión del mundo interior, son esfuerzos evidentes de integración literario-musical. Sin embargo, la literatura ha ido hacia compartimentos estancos de donde no puede salirse sin peligro de ser acusado de hibridación. Postulo, por tanto, una liberación que no debe confundirse, en el campo de la poesía, con una simple liberación de las formas, perfectamente legítimas, aunque también anquilosadas por probable respeto a lo tradicional. Tampoco puede confundirse con la poesía ilustrada, salvo que ésta sea el producto original, la creación estética misma expresada así, integralmente, por un solo autor. En síntesis, el libro que postulo en cuanto a expresión gráfica, es una expresión total, por medio de palabra y signo gráfico. La primera libre en cuanto a su oscilación entre la visión poética formal, rítmica, y la explicitación y unión de partes del “universo interior” a transmitir por medio de la prosa (no por ello deja de ser estética). La función del signo plástico que en los libros actuales corresponde a la “ilustración”, que las más de las veces no es más que un dibujo o grabado inconexo con el espíritu del autor, nada tiene de común con la creación literaria en sí misma. Es un agregado “a posteriori”.

¿Cómo se ha ignorado la raíz primigenia, la visión interior? Así, las infinitas lluvias jamás podrán identificarse con “la pluie” de Verlaine. Está asociada a una imagen determinada que puede trasmitirse mucho más por la circunstancia externa asimilada que por la descripción ociosa de la forma en que el agua cae del cielo.

Es indudable que existen pinturas poemáticas, a las cuales les falta la palabra o la música, (en fin, sonido, ritmo, armonía); y poemas a los cuales les falta el signo plástico complementario o integrante.



Esta es la imagen verdadera
De una estatua griega que buscaba
Mi origen y compañía.
Fue hallada jugando /
con blancas superficies, papirolas
Este papel blanco
Este lápiz negro
Este mármol imposible
Nostalgia de laurel
Sombrio bosque verde y blanco
Es Grecia,
Que me fuera revelada por Homero
En Nápoles un día,
Con la inevitable hipotenusa.

Uruguay, 1981

EL LIBRO DE LAS CASUALIDADES SIGNIFICATIVAS

Hace horas que ha muerto Adolfo Bioy Casares. Un reportaje televisado y las notas necrológicas de La Nación me impusieron la necesidad de leer alguno de sus cuentos. Indagué, busqué por los anaqueles y hallé, felizmente, una “Antología de la Literatura fantástica” de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo.

Allí leí “El Calamar opta por su tinta”, cuento quizá tan oscuro como su título. Ya se verá porqué.

Es bien conocida la simbiosis literaria de Bioy y Borges. Y téngase por advertido que mi “Libro de las casualidades significativas” es una Enciclopedia “Diccionario Enciclopédico Abreviado”, “Espasa Calpe”, y más abreviado, si cabe, por la falta del segundo de sus cuatro tomos.

Así como allí han surgido cosas fantásticas, casualidades increíbles, que superan todo azar y que a veces he anotado a manera de cuentos, ciertas búsquedas racionales siempre se estrellarán contra la ausencia cabalística de las letras rectoras del orden alfabético trunco. Nunca hallaré allí la renombrada ciudad de Fabulkir...

Prosiguiendo, al llegar a la página 102 de la 10ª Edición, impresa en Colombia, en Mayo de 1994, leí sobresaltado: “...que tal morralia tuviera a su arbitrio la bomba atómica...”. Tanto me aterrorizó el vocablo, que corrí al Diccionario de la Real Academia a refrescar el prístino sentido de esa morralla -pocas líneas por debajo, estaba correctamente escrito. No obstante, antes de proseguir la lectura, señalé, con cierto goce de corrector de pruebas, el furcio tipográfico.

Finalizado que hube de leer el cuento, seguí con los que le seguían, de León Bloy. En el segundo, se esboza una idea de Juana, la mujer de León Bloy. El primero de los cuentos, "Quien es el Rey", no viene al caso. El segundo, acerca de un espejo fantástico que sería la contrapartida infernal de los goces de este mundo. En el tercero hay una estación de tren, con un vagón que no va a ninguna parte (salvo a la muerte?).

Entonces se hizo la luz. Si la letra "i", debió ser la "l" en "morralla", consecuentemente, la "i" de Bioy era la "l" de Bloy, y el Pueblo del cuento "Los cautivos de Longjumeau", de León Bloy, era el Pueblo de Casares, en la Provincia de Buenos Aires, donde veo, entre lejanas nieblas, un vagón de tren en la estación, en vía muerta, detenido para siempre allá en mi infancia.

Y, ahora, el cuento siguiente es de Borges: "Tlon", Uqbar, Tertius Orbis". Debo leerlo esperando que resulte imposible hallar a "Uqbar" en "The Anglo American Cyclopedia", New York, 1917, y sí al espejo que muestra, al final del corredor del pasillo, juntos, a Bioy, Borges y Bloy, reflejándose en misteriosas realidades, de esta nueva "casualidad".

Buenos Aires, 10 de Marzo de 1999

EL ZORRO Y EL ESCARABAJO

Un día, don Zorro, que estaba finito de hambre, vio pasar un escarabajo, negrito y chiquito, y era tanta, tanta su hambruna, que lo olisquió primero, lo relamió después, y cuando ya le fua a hincar los dientes pensando que todo bicho que camina..., siente un gritito chiquitito que le dice:

-¡Pare, compadre, no me coma, que no vale la pena!

-¿Y quién sos vos para prohibírmelo?, le dijo el Zorro.

-Mire que yo ni carne tengo, apenas un poco 'e juguito. Si me perdona la vida y me da tiempo, yo le viá traer en cambio una gayinita flor, para que coma.

-¡Juá! ¡Juá! ¡Juá!, se rió Don Zorro, con tamaña bocaza.

-¡Qué has de poder vos con una gayina, si al primer picotazo te mata! ¿Y cómo me la vas a trair, maniada con cintita, acaso? - le dijo, sobrador.

-Vea, Don Zorro, que es verdá. Si me perdona, y me da tiempo, yo se la traeré.

-Está bien, andá, pero si no cumplís, te como.

Salió el escarabajito corriendo por entre el pastito, y rumbió pa' las casas, donde había visto al pasar un guevito 'e pigmea, y haciéndolo rodar, como acostumbraba hacerlo con las bolitas de bosta, lo fue arrimando poquito a poco hasta donde lo aguardaba el zorro, aburrido de tanto esperar...

-Cuando lo vió yegar Don Zorro, pegó el grito, diciendo:

-¡Eso es un güevito! ¿Qué, me querís tomar el pelo? Aura te viá comer...

-¡Un momento! ¡Pare mano, Don Zorro!, yo he cumplido. ¿Acaso no le pedí tiempo? Bueno, ahora empóyelo, y cuando esté nacida la gayinita, la deja crecer, la deja engordar, y endispúes se la come a mi provecho...

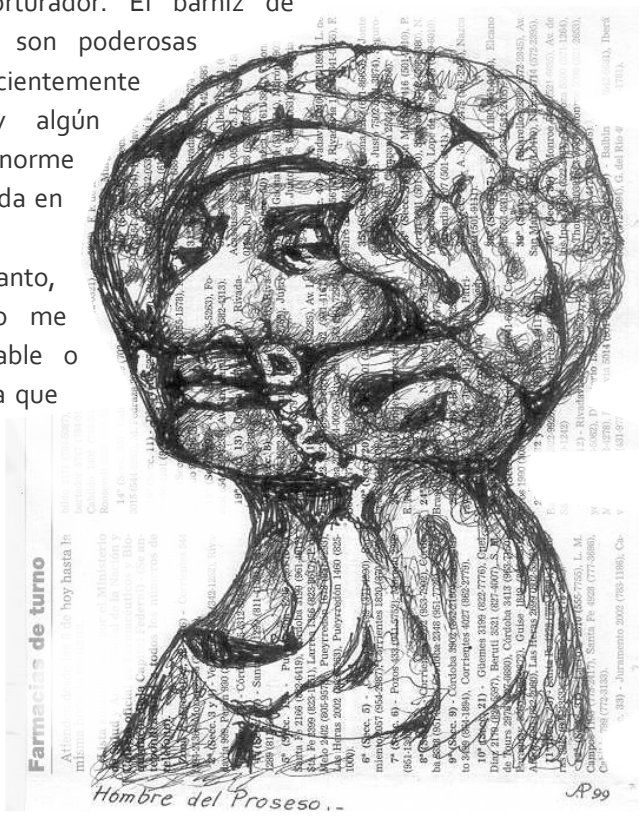
Tanta rabia le dio a Don Zorro que un bicho tan chiquito lo hubiera embromao, que desde ese día se hizo más desconfiao que nunca...

LA TRAMPA

La primera vez que la vi sobre el campo de batalla, gozaba de plena libertad. Caminaba rápidamente, atisbando a derecha o izquierda cada tanto, como si buscara algún otro destino ignorado. Fue evidente para mí que era un espía que exploraba el terreno.

Nuestros instintos a veces prevalecen. Todos llevamos dentro al cazador, quizá al torturador. El barniz de civilización, la ética, son poderosas moles edificadas pacientemente durante siglos. Hay algún misterio. Pero la enorme fortaleza está construida en cimientos de barro.

Afirmo, por lo tanto, que al verla, ya no me interesó si era culpable o inocente. La orden era que debía ser encarcelada. Asediar, perseguir, atrapar, capturar. En fin, torturar. Casi un experimento científico. Mi grado superior, mi veteranía, me habrían permitido dejar



estas tareas, como cosa de niños, a mis subordinados, pero, instintivamente, prevaleció mi vocación por estos placeres cinegéticos, y asumí personalmente el caso.

Elaboré un plan de persecución y captura sencillo. Todo el territorio por donde debía desplazarse era desnudo y liso, sin que la existencia de los numerosos soldados de diversas armas y algunas construcciones defensivas le posibilitaran la fuga o el ocultamiento de mi vista.

Mi gran invento, del que espero ciertos beneficios y honores, es la cárcel portátil.¹

La misma, lejos de poseer barrotes de hierro o espesos muros de piedra, es liviana y totalmente transparente. Puede verse el interior desde el exterior, y el exterior desde el interior. Mi idea al respecto: se concreta una alternancia de invisibilidad e intangibilidad .

Si la prisión no tortura, no tiene objeto.² En mi cárcel, el carcelero sabe que es él el libre, pero el preso no sabe si está o no libre.

Me explico: la parte esencial y grosera la libertad, es la libertad ambulatoria. Ergo, coartada ésta, le siguen las demás, excluyendo, naturalmente, las de pensar y amar, que son fugitivas por naturaleza, y por tanto, solo susceptibles de autolimitación.³

Las libertades del preso (la presa, en este caso) quedaron, por lo tanto, a mi entera disposición desde el momento en que tomé la decisión de apropiarme de su facultad de decisión.

Mi víctima ignoraba, por supuesto, hasta ese momento, y creo que nunca lo supo, el peligro que cernía sobre ella desde lo alto de estos mis pensamientos de carcelero nato.

¹ Existen antecedentes remotos, en todos los ejércitos en campaña. Entre nosotros, se conoce el clásico "estaqueamiento".

² No me planteo aquí la antinomia "fuerza"- "justicia" , por otra parte ya admitidas por BECARIA y VOLTAIRE.

³ Autolimitación que es traicionada mistriosamente por la duda o la certeza.

Y así fue. En el momento propicio, (que para mí era cualquiera), fue apresada. Pareció desconcertada. Permaneció inmóvil, como quien sabe que su destino está sellado. No obstante, debo reconocer que ella poseía un indomable espíritu de libertad. Luchó por ese ideal hasta el último momento.

La observé con cierta curiosidad. Estaba aterrorizada, según mi apreciación subjetiva, y por tanto, falible.

Debo describirles mi cárcel. La originalidad de sus transparentes muros, o mejor dicho, el muro, ya que su forma es circular, es la de carecer de piso y techo. Es, por tanto un cerco clásico e infinito. Se me argüirá que su seguridad, es, por tanto, relativa. A ello contesto que es cierto, en cuanto cárcel estática, pero es de máxima seguridad por su composición dinámica. Al experimentar con mi prisionera, pude comprobarlo.

Cuando reaccionó ante su nueva situación, intentó la fuga. Ello no es condenable. Está dentro de las reglas del juego. La fuga tiene una penalidad, pero no contra el preso, sino contra el carcelero. Es razonable.

Comenzó por buscar una puerta, una salida inexistente, rodeando y palpando el transparente muro. La lisura del mismo le impidió todo intento de escalamiento.

Luego de dar vueltas y más vueltas inútiles, ¿se convenció de esta imposibilidad de fuga? ¿Me creerán si les digo que no? Arremetía una y otra vez, tozudamente, para cualquier lado.

Esto estaba previsto, y es el factor más importante de mi invento. Si se recuerda que la cárcel es móvil, se comprenderá su terrible escénica. Bajo mis órdenes, fue desplazada, adelantándose a sus movimientos. Así nunca llegaba, si no era por mi voluntad, al muro. La cárcel caminaba en ella, creándole una libertad ficticia.

Sin embargo, aún así, estuvo a punto de escapar al cruzar con su cárcel una zona de campo oscura, donde la anfractuosidad del campo dejó un espacio

entre el suelo y el muro. Rápidamente aprovechó la oportunidad, huyendo del círculo que la apresaba.

Pero tampoco esta libertad era real, pues la volvió a atrapar en una zona clara, por donde corría desesperadamente, ilusa: creyendo haber escapado de mi científica custodia. Creo que lo peor para ella era no poder apreciar el tiempo de su libertad en relación al espacio recorrido.

La tortura del preso consiste en saberse preso y a la vez libre. Cuando el círculo que lo limita se cierne sobre él indefinidamente, la tortura es máxima, en razón inversa a la falta de certeza acerca de su límite.

No obstante, debe haber algo que falla, una leve imperfección, quizá en mi sistema. En efecto, llegué a la conclusión de que mi tiempo era el mismo de mi presidiario. Asimismo, pude comprobar que mi libertad estaba indisolublemente ligada a mi prisionera, ya que el factor vigilancia, así lo hacía necesario.

Me asaltó la duda de que era ella quien en realidad me había apresado, y que la liberación sólo era posible mediante la muerte de uno de los dos términos en análisis.

Como no tenía orden ni ganas de ejecutarla, y yo pienso seguir viviendo, Dios mediante, opté por dejarla libre.

En cuanto lo hice, la pequeña hormiguita corrió por la superficie del tablero de ajedrez y desapareció en el borde del casillero de la reina negra. Tire el anillito de plástico que me servía de cárcel, y comencé a pensar, seriamente, si yo la había privado de libertad, o fue ella quien lo hizo.

Esto ocurrió hace un tiempo. Hoy llegué al muro del espacio infinito, y algo me dice, o me hace sospechar, que alguien lo mueve más allá, más allá..., siempre un poco más allá...

Bs . As., Marzo de 1984

LA SERPIENTE VENENOSA

La Condesa de Dubois, o La Vieja, para los íntimos, era tan rica como desconfiada. Le gustaban las rosas y odiaba el frío de sus huesos. Vivía, o perduraba, en medio de los restos de la gran fortuna de su difunto marido, célebre negrero que actuó en Costa de Oro y Gabón, enviando abundante mercadería a Haití, Jamaica y Cuba, compitiendo incluso con el Almirantazgo.

Su dura mano regenteaba todo en el minúsculo y cerrado mundo de su Château de Périgord. Bien es cierto que sus habitantes eran escasos, y por tanto, aquel mundillo, era fácil de gobernar, a pesar de las sordas pasiones que la rodeaban.

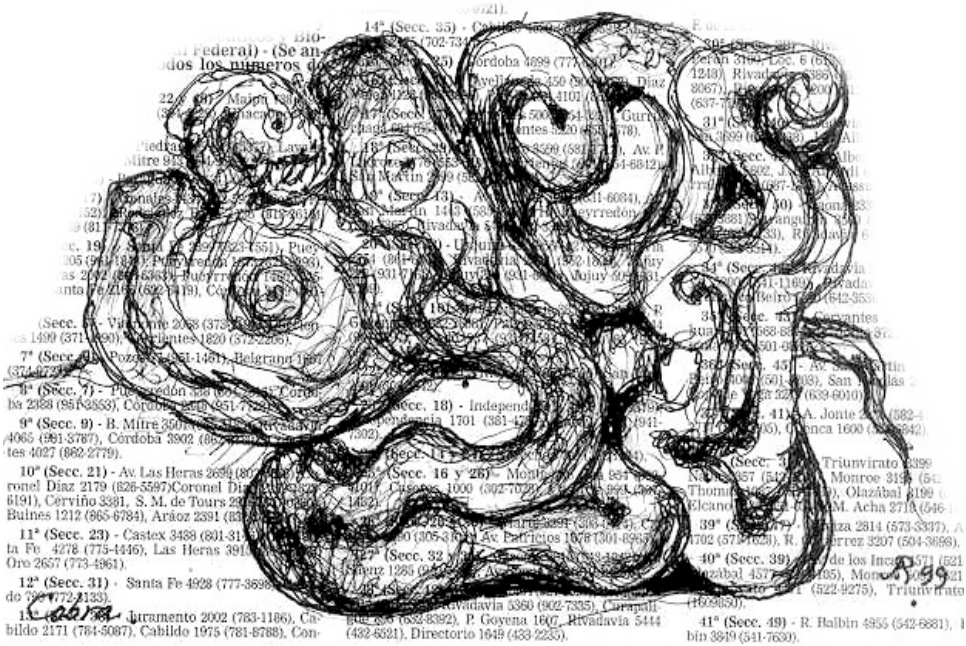
Quizá el más inocente de sus conmlitones era el que llamaban pomposamente El Guardabosques, un extraño viejo, estropeado del brazo izquierdo y cojo de la pierna derecha. Su tarea se había reducido, a medida que lo iban siendo los acres de tierra, a juntar la leña para el invierno y cuidar del parque y el jardín en toda ocasión, para destruir pulgones y otros insectos dañinos con caldo bordelés, que él preparaba disolviendo los bellísimos cristales de caparrosa azul en agua.

Decimos el más inocente, por cuanto los demás parientes, e incluso una sirvienta antigua y otra reciente, se desvivían en lo posible para demostrar su afecto, y quizás algunos con sinceridad, esperando vagamente y con algo de ansiedad el día ése, el del gran Reparto, el de la Muerte.

Si bien no había peligro de que La Vieja destinase siquiera una mínima parte de la herencia a alguna fundación piadosa o Convento, pues su impiedad era proverbial en la Comarca, el Tiempo creaba ansiedades. Cada venta de tierra para solventar los gastos de mantenimiento del Château y

algunos caprichos de la Condesa, los tenían furiosos, y las murmuraciones a espaldas de la Gran Herencia, crecían.

A La Vieja le gustaba rodearse de lujos. Muebles, espejos, cuadros, joyas, vestidos de seda, encajes, porcelanas de la Compañía de las Indias y bibelots de toda clase habían ocasionado, por consejo de Monsieur González, el Archivero español que administraba sus caudales y blasones, la venta forzosa - según dijo- de la casi totalidad de la viña, ya abandonada, en verdad.



Estas deudas hacían crecer el odio en proporción inversa a la merma de la fortuna, especialmente en el trío conformado por el Tío Etienne Laroche,

bastardo de segunda de un noble de tercera, y sus dos hijas, solteras a perpetuidad por mérito propio.

El Trío estaba seguro de que, mediando fortuna, las cosas mejorarían para ellos, de manera que, casi natural e inevitablemente, decidieron preocuparse por la insólita salud de su parienta.

Las conversaciones, veladas, fueron creciendo en audacia, autojustificándose, hasta que, cierto día no se sorprendieron pronunciando la palabra "arsénico"... Luego el silencio del Trío incubó subterráneamente la esperada Muerte.

El otro pariente era un sobrino, Jean Louis Sebastien Dubois, indolente, frecuentador de círculos absurdos. Al quedar huérfano, La Vieja - joven en ese entonces - lo había tomado a su cuidado, educándolo en París, donde vivía antes de encerrarse en el Château. Era el intermediario de los caprichos y noticias de modas y sucesos exteriores. El nexo de la Condesa con el Mundo, y por ello, le era muy estimado y querido.

Fue por ese entonces que La Vieja decidió decorar su oscuro dormitorio con un nuevo y costoso capricho. Encargó los detalles a su sobrino, quien trajo el mobiliario y los materiales para ello. Terciopelos verdes. Tuvo que recorrer varios comercios hasta dar con ellos. Sedas para tapizar, también verdes. Contrató al tapicero, pues La Vieja no toleraba trabajos mal hechos. Algunas porcelanas chinas, con decoraciones en verde, también fueron adquiridas. Le había encargado todo color verde, de manera que buscó en el gremio de los pintores, una pintura verde. Consiguió una muy linda, de color verde esmeralda, y contrató al pintor también.

El Trío se puso pálido y luego verde, de rabia, al conocer el capricho elaborado en secreto por Tía y sobrino. A partir de ese día, se conspiraron en firme, esperando la mejor ocasión para acelerar el tiempo. Pero siempre los detenía una cosa: El Temor a la horca...

La Vieja pareció renovada por este capricho. Todo su dormitorio brillaba de color verde. Paredes, techo, como una caja esmeralda donde bajo un

gran cobertor de seda verde, en su lujosa cama, parecía despertarse renovada cada día, como el parque que El guardabosque cuidaba con esmero.

Miraba con placidez el follaje por el amplio ventanal, sin pensar que la Muerte ya se había aposentado con ella, en aquel dormitorio tan lleno de vida.

El tiempo fue pasando, mes tras mes, año tras año... Ningún heredero podría soportar tanto. El Trío decidió actuar. La casa envejecía más que La Vieja. Las paredes de su dormitorio ya mostraban descascaraduras y la pintura se caía hecha polvo. Las sedas, en los lugares donde daba la luz, estaban desteñidas, pálidas, blancuzcas. La única que parecía inmutable era La Vieja, en medio de su capricho.

En la noche del día 15 de mayo de 1794, muy seco y caluroso, la Condesa se despertó con un grito penetrante. Soñó que una serpiente verde, monstruosa, le apretaba el cuerpo, ahogándola, atenacéandole la garganta. La pesadilla se repitió noche a noche, y era tan real que, aterrorizada, hizo venir por medio de su sobrino al médico del pueblo, quien la tranquilizó luego de auscultarla someramente, diciéndole que estaba perfectamente bien. Le recetó unas sales de Epsom, recomendándole que las bebiese antes de dormir y tuviera prudencia en las comidas.

Encargó de la medicación a su sobrino, quien, meticulosamente disolvía las sales en un vaso de agua que la joven sirvienta le llevaba en una bandeja de plata al dormitorio.

Las pesadillas se sucedieron con cierta intermitencia, hasta que la Condesa, al llegar Abril, el cruel mes de las lilas, no volvió a despertarse.

Llamaron al médico para que certificase la defunción. El Trío no se tomó el trabajo de demostrar otra cosa que su odio acumulado, pues habían envejecido bastante. La servidumbre aguardaba esperanzada. El sobrino predilecto filosofó ante la Muerte.

Pero... el médico del pueblo vio el vaso sobre la bandeja de plata y preguntó inocentemente si había tomado las sales... y ante la palidez del

Trío, inocentemente, el sobrino se lo acercó al tiempo que le hacía saber que se las había preparado él mismo todas las noches....

Era extraño que precisamente esa noche no las hubiese tomado.

El líquido estaba intacto, pero tenía una turbiedad en que él nunca había visto en las sales Epsom. Desconfió. No hizo el certificado. Avisó a los Gendarmes del poblado. Se analizó el contenido del vaso: arsénico. El escándalo fue memorable. La autopsia reveló que había sido envenenada con arsénico.

El sobrino fue condenado, pese a sus protestas de inocencia, y gillotinado, más que por certezas legales, por razones de salud pública. El Trío fue absuelto, pues juramentado con la joven sirvienta, nadie supo que esa noche, con su complicidad, habían sustituido las sales por arsénico. Pero tampoco pudieron explicarse cómo habían envenenado a La Vieja, si ella no había tomado el veneno...

Eso se supo varios años después, cuando se determinó que hubo tan sólo una tentativa de delito imposible. Ante la epidemia de envenenamiento por arsénico, de origen misterioso que inundó Europa a fines del siglo XVIII, los médicos determinaron que el polvillo de la pintura verde de Scheele, descubierto por éste en 1788, era un compuesto de arsénico y cobre, extremadamente venenoso, por lo que fue retirado del mercado.

Febrero 1982

PAR PARI REFERTUR

La increíble historia de Anastasio Ferreira fue tan ambigua como la de mi conocimiento de ella. Aún hoy, creo que fue un presunto y misterioso alquimista que vivió aquí, en Buenos Aires, en el s.XXI.

Cuando lo traté por primera vez, a poco de ser asignado como empleado indefinido en la enorme empresa "Cometa" S.I. (Compañía Metalúrgica Sociedad Internacional) me pareció un científico algo borroso y sencillo.

Estaba terriblemente equivocado. Su obsesión por todo lo referente al hierro me resultó, al principio, curiosa; luego, acuciante, hasta que, poco a poco, me transmitió su idea fija. No había ocasión ni conversación en la que inevitablemente, casi con inocencia, surgiera la alusión, la pregunta o la afirmación que nos llevaba por senderos imprecisos hasta el hierro.

Debo aclarar que, en realidad, el tema no era abstruso para ambos, ya que Anastasio Ferreira era técnico metalógrafo en la Empresa, donde me desempeñaba teóricamente como empleado de maestranza. Digo teóricamente pues mis tareas y aptitudes eran más amplias. Habiendo sido estudiante de física atómica, me convertí en ayudante suyo, le ordenaba el archivo, cuidaba del instrumental, tomaba notas, redactaba los informes, y hasta me encargaba de licitar materiales, drogas y reactivos.

Descubrí su monomanía, por darle un nombre, una mañana en que me vio leyendo, totalmente al margen de la realidad y de los plumeros, el Martín Fierro.

-¿Así que se interesa por la literatura, señor Malco?- me dijo amablemente.

Esa pregunta fue algo así como la punta de un largo alambre de púas acerado e infinito que comenzó a cercarme día tras día.

-Fierro era un hombre férreo; José Hernández, también. ¿Se lo imagina Ud. un Martín Bronce?

-Es un apellido simbólico, pienso - dije para salir del paso.

Me miró con una mirada dura, magnética.

-Mucho más que eso, amigo. El hierro, el ferrum de los romanos, es más, mucho más que el sigillum, es decir, el hierro de la lanza. Roma no habría sido nada si su Estado se hubiese sustentado en el auricalcum, es decir, en el bronce. El "fierro" hispánico al que alude míticamente Hernández, aún era algo, o pretendía serlo, en su tiempo. El "hierro" actual, es una nada, ya que real y literariamente se necesita temprarlo con vida, agua y fuego, para que le crezca vida, una vida mediocrementemente útil, por cierto.

-Oxidarlo más, oxidarlo menos, creo que tiene razón- dije con sorna.

-Lamentablemente- prosiguió, ignorando mi pedantesca insinuación- se les dio por agregarle torpemente níquel, para hacerlo inoxidable, lo cual, en realidad, le quita su vida, que es por naturaleza perecedera. En verdad, sólo hemos logrado así la momificación del hierro, lo cual es una presuntuosa y para mí blasfema posibilidad de eternidad.

-Pero fué útil- le retuqué por decir algo.

Sus ojos lanzaron chispas como si mis palabras hubiesen sido pedernales que chocasen con el eslabón.

-¿Útil? ¿Pretende Ud. Que la vida sea algo útil? ¿Algo que se use y se tire? ¿Un barro que dure eternamente? ¿Qué diferencia hay, en última instancia, entre el oro y el orín, fuera del tiempo?

Su indignación y apasionamiento habían transformado al pacífico investigador inclinado sobre la lupa estereoscópica, en una especie de

florete vibrante que con su esgrima verbal me acometía en lo que sería el comienzo de un acoso diario con su tema.

Primero fueron los hornos catalanes, después, la Edad de Hierro. Ayer, Eiffel, hoy, los ferrocarriles, y así, día tras día, mes tras mes me fui enredando desde los más inocentes utensilios, hasta las profundas simas del átomo de Fe.

Cierto día en que me hallaba calentando agua para el mate en un mechero Bunsen, decidí que era un buen momento para averiguar si, como lo sospechaba, Ferreira era en realidad un alquimista trasnochado.

Esperé el momento de ofrecerle un amargo bien cebado, al cual había logrado acostumbrarlo durante nuestras charlas monotemáticas, y le pedí que me hiciese partícipe de sus investigaciones particulares, las que había advertido que anotaba furtivamente en un cuaderno.

Poco a poco se había ido forjando en mí una personalidad maleable a sus ideas. Lo advirtió en mi ansiedad obsesiva por saber algo sobre el metal que nos unía idealmente como ante un secreto a punto de revelarse.

Me miró fijamente, apuntándome con la uña de su pulgar, como si quisiese probar con ella, al igual que lo hacía con ciertos metales, humanizando la escala de Mohs, el grado de mi dureza intelectual.



-No eres más que plomo para ser sepultado en el plomo. Eres de la estirpe egipcia, un perseguidor de la vida eterna. "Sumergidos están como plomo en las vehementes aguas". Sin embargo, yo mismo persigo al hierro, a mi propia maldición: Coelum de super sicut ferrum. Está escrito. Pero como me mueve sólo el interés científico, voy a permitir que busques, a tu riesgo, como yo lo hago, el Gran Secreto del Hierro. Del Verdadero Hierro.

Sus palabras no me sorprendieron. Estaba acostumbrado a sus arranques grandilocuentes, llenos de citas bíblicas, simbólicas y esotéricas. Sin embargo, los hechos que las siguieron cambiaron para siempre mi tranquila y resignada vida de sirviente específico.

Con gesto ampuloso, abrió el cajón de los misteriosos apuntes. Sacó una hoja de papel, y sobre ella vi una lámina delicada y reluciente de un metal blanco con destellos azulados.

-Prueba- me dijo- alargándola hacia mi boca en un gesto inequívoco, como quien ofrece una golosina.

Apoyé mi lengua sobre el metal, y un gusto inconcebible, nectarino, me inundó, a la vez que otro, repulsivo, acre, luchaba contra él. En mi ánimo se cruzaba una Paz y dulzura extrema, con una furia incontenible. Entonces comprendí que había sido iniciado en el camino emprendido por Anastasio Ferreira y que ya no podría abandonarlo.

Siguiendo sus explicaciones y experimentos a través de notas de años de investigación, recorrí los aleatorios caminos de sus aleaciones metálicas. Los éxitos, los fracasos y los azares que desembocaron en esa misteriosa lámina que los ensayos de laboratorio demostraban implacablemente, que era sólo hierro, pero con sus cualidades físicas alteradas.

Lo había logrado a partir de ciertos óxidos escogidos y por procesos de cristalización y fusión sucesivos, que, al parecer, habían provocado imperceptibles alteraciones en su estructura atómica.

Su explicación teórica era la de que toda materia actual era tan sólo la expresión degenerada de un estado primordial de energía sujeta a un orden perfecto. Por lo tanto el hierro conocido era un hierro caduco, deforme y maligno.

Nuestra Gran Tarea, sería por tanto, lograr ese hierro primigenio, cósmico, antítesis del Caos.

Hasta el momento, sólo había logrado lo que él llamaba humorísticamente "Hierro pasado por agua", puesto que yo había pasado la prueba del Aire, que fue su primer descubrimiento de un hierro puro, inmune a la oxidación. Este, además, era inmune a los gases y líquidos más poderosamente disolventes. Lo atacábamos con cloro, con bromo, lo sumergíamos en cubetas repletas de ácidos corrosivos. Mientras el agua regia disolvía entre fumarolas y burbujas todo tipo de metales, él permanecía incólume y brillante.

Era extraordinario. Le sugerí que atentase el descubrimiento, que nuestra fortuna sería inmensa. Que era el descubrimiento más notable de los últimos tiempos, puesto que revolucionaba la Física y la Química.

Me costó comprender su desprecio ante mi -para él- pueril actitud.

-Es el metal más inútil del mundo -me decía. -Jamás podrás hacer con él un resorte de reloj, o un motor, ni un arado, ni siquiera una hojita de afeitar.

En efecto, el metal, si bien ofrecía una extralimitada resistencia a ser destruido por medios químicos, cedía, deformándose grotescamente, al menor impulso de una débil presión.

Me resultó fascinante ver cómo, al apoyarlo sobre mi mano, ésta se cubría de una capa que la reproducía hasta en sus menores detalles, metálica, reluciente y móvil.

Descubrimos una nueva cualidad del metal otro día en que Ferreira se la colocó sobre el rostro. Poco a poco se fue adaptando, al principio borrosamente, luego con más nitidez hasta hacerse una perfecta máscara

metálica, en la cual hasta las ciliadas, las pestañas y globos oculares estaban recubiertas, vivaces, móviles.

-Es posible ver a través de él –dijo. La voz me resultó nítida, a pesar de emerger de una boca móvil pero cegada, como brotando de un espejo. Se la desprendió con facilidad, y por breves instantes apareció sobre la mesa en que la depositamos su máscara viviente. Luego, morosamente, se contorsionó y se fue aplanando hasta volver a ser lo que era, una simple lámina de hierro.

Llegamos a la conclusión de que el metal había perdido casi toda su capacidad de cohesión atómica. De aquí que ni la fuerza, ni la luz, ni el sonido encontrasen en él obstáculo apreciable.

Su proverbial tenacidad había desaparecido. Quizá fuese ello el origen de su misterioso sabor comunicante de dulzura extrema. Cualquier violencia que se ejerciese sobre él, por mínima que fuese, generaba una adhesión total, adoptando la forma de aquello que lo forzaba. Por lo mismo, se comprende que no podíamos destruirlo físicamente. Intentamos laminarlo y nunca pudimos llegar a un extremo: siempre se extendía más y más, en proporciones infinitas.

No obstante, en cuanto cedía la fuerza, su memoria metálica lo volvía a su forma primitiva, que obteníamos por decantación en moldes, ya que una vez que tenía forma, era imposible fundirlo.

Por ese procedimiento hicimos numerosos objetos, grotescamente inútiles: resortes ficticios; cuchillos penetrables; herraduras que quizá sirviesen a Pegaso; clavos aparentes; martillos perforables; ruedas que jamás rodarían y una estatuilla de Vulcano, con la cual ya no se podría forjar nunca más nada.

Afirmaba que había llegado a un callejón sin salida. Que era evidente para él cierta carencia esencial en los óxidos con que obtenía el metal, que impedían obtener su perfección. Utilizó muestras de hierro de los más diversos países, pretextando necesidades especiales para entregar las

formulaciones más inocentes, trajinadas y comunes que le solicitaba la Empresa.

Cierto día, me pidió nerviosamente que lo acompañase al Museo de Ciencias Naturales, y que llevase una sierra. Al llegar al pórtico me comunicó su febril intención: apoderarse de algunos fragmentos del enorme meteorito que yacía allí tranquilamente expuesto. Aseguró que ese hierro cósmico carecía de algo que todos los demás tenían. Que era hierro sin contaminación con el proceso de crecimiento y desarrollo de este planeta.

-Es hierro puro, sin pecado original, carece del orgullo que señaló Isidoro de Sevilla: Ferrum quia omnia domat... susurró blandiendo la sierra.

Traté de disuadirlo, pero fue inútil. Me ordenó que escudase sus maniobras, y aferrando la sierra, atacó una saliente ferruginosa mientras aparentaba un examen inexistente.

Algunos pasaban indiferentes, otros miraban de soslayo, extrañados. Y, cuando el ya frenético Ferreira terminaba de cercenar una punta del celeste hierro, vi aparecer al Guardián, rojo de ira, acompañado de un policía. Costó largas explicaciones, gracias a la fortuna de que se hallase en el lugar el Director del Museo, al cual conocía, para que nos librásemos con bien del absurdo suceso, dejando abundantes dudas en los rostros de aquellos que creían ser cuerdos, acerca de nuestras intenciones, por completo ajenas al robo o al daño.

Cuando volvía Ferreira, cabizbajo y furioso por la que creyó frustrada expedición científica, le mostré triunfalmente el pequeño fragmento del hierro que había escondido furtivamente, durante el confuso episodio. Pareció renacer. Lo recogió ansioso. Sus manos temblaban. Se había lastimado los nudillos y sangraba uno de sus dedos por el tajo que el imprevisto resbalón final de la sierra le había ocasionado.

Ese día, y los días y noches siguientes trabajamos como iluminados para obtener la materia prima del Hierro Verdadero. Lamentablemente, de los

sucesivos experimentos, sólo nos quedó un minúsculo trocito. Que parecía ir camino al éxito, ya que existía una zona casi microscópica de débil resistencia en el interior de la esferilla que moldeamos.

Esto indicaba, en su opinión, que algún elemento no detectado por los análisis espectrográficos, había hecho que el escollo máximo, su falta de dureza, comenzara a desaparecer para dar paso al hierro total, incorrupto e incorruptible, domado e indomeñable.

Pero aquel material tan escaso lo dejaba a un paso del final de la búsqueda.

Tras largas cavilaciones, y en la imposibilidad política y económica de salir de la Tierra al Cosmos en busca del metal deseado, convenimos en que era necesario buscar un aerolito entero y apoderarnos de él como fuese.

Así fue como iniciamos una insólita expedición a la selva, en busca de Mesón de Fierro, localidad perdida en medio del Chaco, donde Azara se asombraba hace siglos, de que la Tierra hubiese criado una mole de hierro en medio de una llanura.

Este objeto de curiosidad para los científicos antiguos era nuestra meta. Sabíamos que los indígenas y los conquistadores españoles se habían servido de ese hierro caído del cielo para utilizarlo en diversas ocasiones. El propio Gobierno Argentino ordenó hacer unas pistolas con él, para regalarlas como presente al Presidente de los Estados Unidos, y en la época de la Independencia, se hicieron fusiles con él. Hasta el cónsul inglés Parish obtuvo setecientos kilos de ese precioso elemento, que habían ido a parar al Museo Británico. ¿Por qué no habríamos nosotros de tener igual fortuna?

La expedición resultó sumamente fructífera. Siguiendo el antiguo camino de los mieleros santiagueños, hallamos un inmenso yacimiento, ya de trocitos menudos, como de enormes masas de metal que fuimos trasladando con disimulo, desde la enmarañada selva, en un viejo

transporte de tropa, reliquia de la Tercera Guerra mundial, que habíamos alquilado so pretexto de acarrear rollizos de quebracho.

Cuando finalizamos los viajes, habíamos acumulado varias toneladas del precioso metal cósmico.

Los primeros ensayos resultaron decepcionantes. Lográbamos, sí, un metal purísimo, con todos los atributos maravillosos que ya nos eran conocidos. Pero, la dureza era inexistente. Sólo la minúscula esferilla que nos puso y nos abandonaba en camino, conservaba ese atisbo de cohesión. Estábamos perplejos, sin vislumbrar qué la habría producido.

Entonces recordé, súbitamente, que al dárselo luego del episodio del Museo, el trocito de metal se había manchado con la sangre que manaba del dedo de Ferreira.

-¡Magnífica deducción, amigo mío!- me dijo con ojos brillantes al escuchar mi tímida teoría. -Es probable que ese elemento ajeno a toda especulación físico-química sea el responsable de la dureza.

Experimentamos aceleradamente con todo tipo de sangres frescas, incluyendo las nuestras, con variadas suertes, pues produjimos desde blandos metales parecidos a la plata por su brillo, hasta semblanzas de plomo por su escasa dureza.

No obstante, el camino estaba señalado. Frente a ese callejón sin salida, Ferreira estaba perplejo. Llenaba cuadernos de notas, hasta que un día se apareció, después de varios de ausencia, con un recipiente hermético, una especie de congeladora portátil, dentro de la cual traía en una redoma, una cantidad de sangre cristalizada.

Renovó ante mí los experimentos por enésima vez, y luego mezcló a los óxidos primarios el contenido licuado de la cápsula, que me hizo recordar vagamente el Milagro de San Genaro y su martirio.

Luego de procesado hasta el fin, pudimos comprobar, radiantes de júbilo, un hierro purísimo y de dureza infinita, ya que sobrepasó al

diamante en la escala de Mohs, dejándonos frente a un problema irresoluble para efectuar la determinación.

Ese día hicimos una fiesta, sencilla pero memorable, durante la cual volví a insinuar la posibilidad de poner el descubrimiento al servicio de la humanidad, o cuando menos, de los científicos de nuestro país. Fue la última vez que lo vi. Al regresar al laboratorio, al día siguiente, lo encontré en total desorden, y del cajón donde guardábamos las notas, habían desaparecido todos los documentos relativos al descubrimiento y las muestras comprobatorias.

Mi angustia y desesperación fue total. Ferreira no me había comunicado el secreto de la sangre usada, y si había alcanzado a anotar la fase final, era para mí un misterio.

Ante su desaparición, yo no sabía qué camino tomar. Las investigaciones policiales indicaban la posibilidad de que hubiese sido secuestrado, mientras que una señora que hacía la limpieza en su casa había sido asesinada, probablemente para no dejar testigos. Sin embargo, los hechos no eran nada claros. Se me insinuó algo acerca de ciertos "Servicios Internacionales", siglas indeterminadas, pavorosas, misterios aún mayores y más peligrosos que la simple muerte violenta. Tanto, que, al parecer "Los Servicios" habían decidido que era mejor no seguir indagando.

El Miedo se apoderó de mí, y me oculté en un remoto pueblito de una remota provincia, bajo el disfraz simbólico de herrero, donde mi mayor preocupación era hacer herraduras para los caballos de la zona, y ciertas espesas rejas con que cerqué una habitación en la vieja casa que alquilara. Así, pasaba desde un público galpón a una hermética guarida, acosado por mi doblemente inquebrantable secreto.

Así viví muchos meses, y gradualmente iba creciendo en mí la esperanza de que nadie supiese que yo sabía. Comencé a gozar de mi humilde oficio, entre caballos y gente sencilla.

De cuando en cuando, sin embargo, me alarmaban en medio de esa paz lugareña, las noticias que leía en algunos boletines llegados al azar, o ciertos comentarios de los noticiosos que escuchaba a la tórrida hora de la siesta, en una antigua y pequeña radio a energía solar.

Había entre las Grandes Potencias una especie de crescendo violento, que se contagiaba a los Países Hermanos Aliados.

Extrañamente, ya no se hablaba ni de la antigua "Bomba Atómica", ni tampoco de la "Neo Bomba Limpia". Parecía como si ambas hubiesen dejado de ser la amenaza apocalíptica a la cual nos habíamos acostumbrado tanto, que parecía tan remota como el propio Fin del Mundo.

Algo cierto, pero impensable, inabarcable.

Los líderes de las Potencias se provocaban, alardeaban, atacaban, vociferaban las bondades de sus sistemas Políticos, económicos, sociales, y cada vez aparecían más repetidas las palabras "Fuerza", "Armas" y "Guerra", sin decir de qué se trataba.

A pesar del aislamiento en que me hallaba, comencé a notar en los pacíficos e indiferentes campesinos, un cambio de actitud. Algunos se quedaban a escuchar "las noticias" con aire grave y lejano. En algunos rostros, observaba la máscara que había pensado olvidar: el Miedo.

-¿Sabe? Parece que desembarcaron nomás. Ayer. En la isla de la Perla... Diga, Don, ahora nos tocará a nosotros también, ¿no?

Hacía meses que se hablaba de esa perdida isleta, vagamente ubicada en el Océano Pacífico. Los historiadores aseguraban que había sido descubierta por Magallanes al dar por primera vez la vuelta al mundo. Varios Países Insulares Asiáticos se disputaban la soberanía de esa isla caída en el olvido hasta ahora.

Comencé a leer con avidez los boletines y folletos semanales del Informativo Mundial Unido. Venían con datos abundantes. Fotos tridimensionales permitían conocer la flora y fauna. Cocoteros, pájaros

Farmacias de turno

... cuando el mundo se cae a la vez hasta la tierra... hoy de mañana.

... el año siguiente... por el Ministerio de Salud y Acción Social

Zona 1 (Secc. 1, 2, 22, 3, 4) - Córdoba (200315-310) - Pinar del Río (200315-310)

2 (Secc. 3, 4) - Ciego de Avila (200315-310) - C. Caba (200315-310) - Pinar del Río (200315-310) - Pinar del Río (200315-310)

00210
14° (Secc. 33) - Congreso (310) (342) 20025 Caba (3025) (310) (303) - (303) (343) (310) (311)
15° (Secc. 23) - Costa Rica (290) (311) (312)
16° (Secc. 11) - Diaz Velez (300) (302) (210) - C. C. Arrietas (250) (302) (210) - E. de Israel (200) (302) (210) - Acosta (141) (302) (310) - Pto. Piedad (110) (302) (300)

17° - Corrientes (200) (302) (310)

Capital Federal

... cuando el mundo se cae a la vez hasta la tierra... hoy de mañana.

... el año siguiente... por el Ministerio de Salud y Acción Social

Zona 1 (Secc. 1, 2, 22, 3, 4) - Córdoba (200315-310) - Pinar del Río (200315-310)

2 (Secc. 3, 4) - Ciego de Avila (200315-310) - C. Caba (200315-310) - Pinar del Río (200315-310) - Pinar del Río (200315-310)

30° (Secc. 30) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

31° (Secc. 31) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

32° (Secc. 32) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

33° (Secc. 33) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

34° (Secc. 34) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

35° (Secc. 35) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

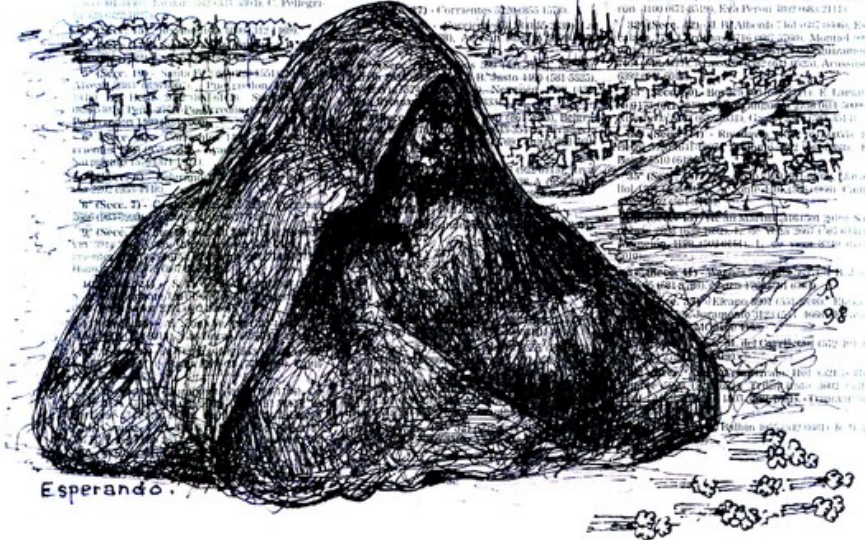
36° (Secc. 36) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

37° (Secc. 37) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

38° (Secc. 38) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

39° (Secc. 39) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)

40° (Secc. 40) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310) - E. Caba (200) (310) (310) - Pinar del Río (200) (310) (310)



multicolores, horizontes azules y verdes, oscuros aborígenes, casitas de paja, de lado a lado algunos hoteles de Turismo y su infraestructura contrastante. Parecían postales del siglo XX.

Aunado a ello, un aluvión de opiniones, historias, acusaciones, defensas, amenazas, tomas de posición, apelaciones al Derecho, al equilibrio del Sistema, a la Justicia, al Orden...

El desembarco había sido incruento, ya que la habitaban sólo trescientos veintidós blancos y una familia aborígen, restos de una comunidad perdida, que demostró asombro por los innumerables cañones, fortalezas voladoras y los proyectiles autónomos gigantes. En el Mar, enormes islas flotantes, negras y erizadas de armas indefinidas,

empequeñecían a la isla como un punto rodeado de una arrolladora baráunda de palabras en esa página bélica.

El caso pasó inmediatamente a la “Sociedad de las Naciones Pacíficas”, que había nacido después de las quiebras sucesivas de las “Naciones Unidas”, y de las “Naciones Unidas del Sur” y de las “Naciones Unidas del Norte”.

Los acontecimientos se sucedían vertiginosamente. Día tras día crecía la acumulación de armamentos, llamados sistemas defensivos, enteramente desproporcionados en relación a la superficie a ocupar. El Imperio Naciente, según trascendidos, había enviado al lugar una escuadra secreta de submotanes, que desequilibraba el dominio sobre el fondo de los mares.

Así fue como comenzó la Quinta Guerra Mundial. La islita sería sólo el pretexto y el punto geográfico donde se produciría el enfrentamiento final. La batalla por el planeta Tierra y sus aledaños.

Me volví a Buenos Aires. Paradójicamente, no encontré el caos que suponía. La generalidad de los habitantes de las grandes ciudades ya estaban resignados a ser meros espectadores de la destrucción científica organizada, llevada a sus extremos en la brevísima Cuarta Guerra. Allí se había demostrado, al parecer, que bastaba la determinación de los comités ultrasecretos de milites científicos, al servicio de las Potencias, para dar como resultado previsto y fatal la destrucción, ya de ciudades o sectores industriales, en una especie de poda monstruosa de capacidades bélicas, o bien de factores humanos, borrando definitivamente etnias problemáticas.

En ambos casos, el aviso previo o la falta de él, determinaban curiosos equilibrios geopolíticos o demográficos en el planeta.

En la vereda de un café de la Avenida de Mayo, me detuve un instante. Se cambiaban apuestas jovialmente acerca de si el Apocalipsis era éste o habría que dejarlo para más adelante. Encerrado en mi propia soledad forzosa, no sabía si despreciarlos o envidiarlos. Otros, más viejos, bebían café mientras jugaban bajo un anacrónico toldo transparente de acrílico

naranja, al ajedrez bélico, con sus tableros-computadora. Este juego se había popularizado a principios de siglo, importando los aparatitos desde Londres, durante la última guerra de las Malvinas. Las jugueterías sólo exhibían los facsímiles de novedosos inventos bélicos, dejando en vergonzantes trastiendas algunas muñecas y pelotas, que, por otra parte, ya nadie pedía.

Poseído de un extraño vértigo, deambulé por las calles envejecidas rechazando con desesperación remembranzas de la niñez que me acosaban. Me parecía ver árboles en las calles, y que me cruzaba con gentes vestidas heterogéneamente, con colores. Atuendos antiguos, sacos, pantalones, polleras, corbatas... y de pronto, todo desaparecía para dar lugar a la realidad: la ciudad de cemento y cristal, aséptica entre rectas insoslayables, y una multitud de togas verde oliva.

En los días siguientes al Ensayo de Guerra Pasiva Progresiva, parecieron estabilizarse las estrategias, transportes y suministros de material bélico. Las mayores potencias mundiales habían colocado en órbita sus puestos de observación repletos de periodistas.

Según las noticias que se propalaban y veían a cada instante, las Fuerzas estaban alineadas frente a la isla de la Perla, unas al Norte, otras al Sur, en un espacio que abarcaba seis meridianos terrestres y se extendía, según cálculos imprecisos, desde el Trópico de Cáncer al de Capricornio.

El comienzo de la Quinta Guerra no necesitó anuncio alguno. En Buenos Aires fue perfectamente perceptible el movimiento telúrico y un desagradable bamboleo que provocó vómitos y mareos ante los estallidos de las neobombas limpias. Las vistas de las telepantallas conectadas en directo al Teatro de la Guerra mostraban una gigantesca masa de fuego y humo sobre el dilatado horizonte. Debí esperarse varios días mientras aminoraba el desplazamiento del eje de rotación de la Tierra para saber quién había sido destruido definitivamente. Por momentos había pensado sería y filosóficamente en el Fin del Mundo.

Sorprendentemente, se vio aparecer indemne a ambas Fuerzas Punitivas. Sólo había desaparecido la isla, y con ella los aborígenes, que no habían querido participar en la evacuación previa.

Las enormes Naos blindadas y en general todos los engendros bélicos defensivos habían resistido, inexplicablemente, a la Fuerza desintegradora.

Los medios de Información Regida, anunciaron al Mundo que se había conseguido por fin la Paz Perfecta Perpetua. Se trataba de un ensayo de las Grandes Potencias, que de ahora en adelante serían la Gran Potencia, al demostrar que poseían el Arma Defensiva Total.

Entonces, súbitamente, comprendí que nuestro invento había sido robado por algún Ente Maligno para desarrollar un arma más letal que la Lanza de Fuego: El Escudo de Hierro. La perfidia gozaba la mística partida. Viviríamos permanentemente a la defensiva. En todo caso, el planteo era sencillo, destruía la Tierra desde los umbrales del Cosmos, para proseguir luego destruyendo otros mundos vislumbrados que no poseyeran la indestructibilidad.

La abominable revelación se llevó, me arrastró al lugar de origen del desastre. El solitario y polvoriento laboratorio de Ferreyra.

Maquinalmente tomé un plumero y comencé a sacudir alrededor de los crisoles quebrados y los instrumentos ciegos. Un vago resplandor en la zona de los hornos me puso sobre aviso.

-Sabía que volvería- me dijo con una sonrisa misteriosa. Asombrado, vi a Ferreira manipulando un crisol ardiente.

-No piense que me les he escapado. Yo soy parte de todo esto. Aún no lo saben. Aún falta el experimento final.

Entonces, suavemente, me inició en el pavoroso secreto: era él quien había asesinado a la mujer a su servicio, para extraer lo que llamó macabramente las flores del mal. Esa sangre feroz y violenta era la clave de la extrema dureza del metal.

Ya en posesión del secreto, lo había comunicado a los milites científicos, que hacía tiempo buscaban el Arma Absoluta. El era uno de los conspicuos integrantes de esa comunidad científica, secreta y difusa.

El resultado, algo primitivo todavía, fueron los ingenios resistentes a toda fuerza conocida, que había ensayado. Para lograrlo, se habían sacrificado pueblos enteros. Toneladas de hierro puro, indestructible, por toneladas de sangre. Su cruel teoría era la de que mientras ese hierro se utilizase para la defensa, estaría justificado y conservaría sus maravillosas cualidades.

Había terminado sus mezclas y comenzaba a decantarse en un largo molde el objeto de su trabajo, mientras yo me debatía en un tumulto de ideas y emociones encontradas.

Sacó entonces del molde lo que resultó ser una espada reluciente, y blandiéndola me dio sorpresivamente un golpe en la cabeza que no pude evitar.

Desde entonces, me ha quedado esta cicatriz en la oreja derecha, que el paso de los años no ha podido borrar.

Aún hoy, nadie sabe porqué esa inmensa armada defensiva fracasó porque de pronto fue corroída por un óxido rojo y vulgar que los antiguos llamaban hematita, y que como un cáncer deshizo en polvo todas las fortalezas fijas y flotantes y hasta los más pequeños escudos personales.

Tampoco he podido explicarme claramente por qué Ferreyra arrojó la espada, tapándose los ojos y desapareció en la oscuridad que invadía el laboratorio, como una sombra más mientras alguien restañaba la sangre de mi oreja mutilada.

LA MADRE

Querida Marta:

Como sé que te apasionan estos temas de nuestra común y venerable profesión, voy a contarte una de mis últimas experiencias.

Hace unos días estuve observando una tierna y conmovedora escena. Como Miembro de número de la Comisión Internacional de Planeamiento Demográfico Selectivo, fui invitada a presenciar el nacimiento del último modelo de "Homo laboratoris", logrado después de arduas investigaciones del Departamento de Historia, Arqueología, Paleontología, y Antropología aplicadas.

Debo hacerte notar que el perfeccionamiento a que ha llegado el laboratorio de biología celular es sencillamente fantástico.

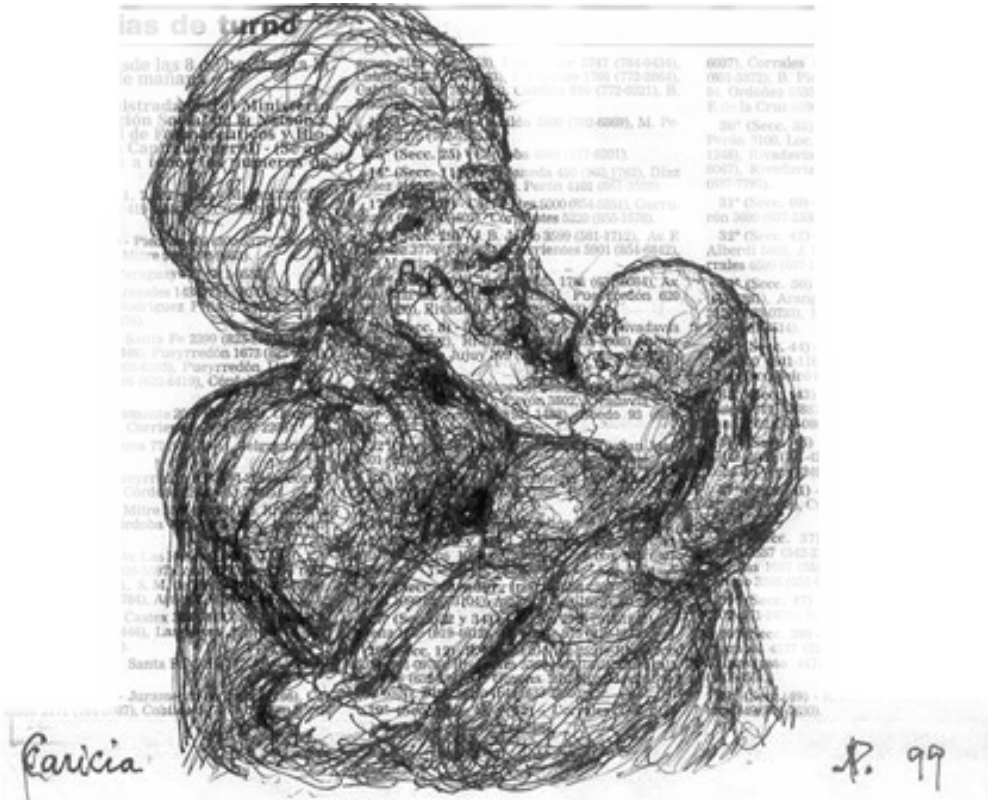
Si has tenido oportunidad de escuchar las versiones recientemente descifradas de algunos restos paleográficos, clasificados ya como "libros impresos de Obstancia del Siglo 22, que trataban, al parecer, de ciertos "bebés de probeta", te darás cuenta de la verdadera dimensión del suceso... Parece increíble que nuestros ancestros, pobres mentes primitivas, buscaran algo tan sencillo como la naturaleza del tiempo...

Felizmente, la producción actual para las Colonias Astrales es más que suficiente, después de la última crisis premutaria. Esta nueva forma ha de permitir, sin duda, un progreso indefinido en la explotación de materia orgánica, esencial, como comprenderás, para nuestra expansión galáctica.

La primera celda incubadora experimental tiene el inconveniente, hasta ahora incomprensible, de que necesita nueve meses lunares para producir un ejemplar óptimo. Todas las tentativas para acelerar el proceso productivo han fracasado, pero el Departamento ha solucionado este

aspecto con un proyecto, ya aprobado, de una planta de mil células matrices que trabajarán en forma seriada.

Como te decía, pude presenciar la aparición del ejemplar, perfecto, y bastante similar a otros tipos de homo ya logrados, aunque mucho más robusto, de un peso neto de siete kilogramos, en color negro. Los estudios de Ingeniería genética ya conocían este resultado. Nacen blancos, y paulatinamente, varían a negro. Al sacarlo de allí, cosa curiosa, lloró, según lo narraban viejas leyendas. El llanto cesó, también curiosamente, cuando



se lo colocó en "La Madre". Es un ejemplar muy bello, parecido a ciertas "Madonnas" pertenecientes al período 18 de la Era Paleocristiana, que pintara un tal Sandro Botticelli, y que conservan en el Museo Terrestre. Se la tomó como modelo, por ciertas supersticiones a las que es afecto el Jefe de Ingenieros.

Ciertamente, se creía que ésta sería mucho más eficaz, ante los medianos éxitos de los módulos asépticos expendedores de las más variadas fórmulas de leche, y que se habían puesto en tela de juicio.

Lo único lamentable de todo esto, es que, por negligencia (ya sancionada) del controlador de dosis, la criatura murió al tercer día de nacida, y, es cosa de no creer, la costosísima "La Madre", construida con el máximo de cuidado y tecnicismo actual, sufrió súbitamente una serie de cortocircuitos. Se le había ennegrecido la piel, se le desprendían los cabellos de fibra de oro, y las bombas de efusión funcionaban irregularmente, a la vez que había comenzado a perder aceite por los ojos. Es lamentable, porque "Madre" hay una sola.

Será necesario subsanar el error, pero la Ciencia avanza sobre ellos...

HISTORIA DE UNA MESITA DE ROBLE

Había una vez... cinco rueditas de mesa de TV, solas, perdidas, abandonadas, carentes de destino...

Su formato inadecuado para servir a su objeto y el ojo clínico del “recilador” comenzaron a elucubrar destinos diversos y útiles para aquellas cinco inutilidades. Así, se dijo: sólo pueden ser colocadas en una madera cuyo ancho sea de dos centímetros. Sentada esta premisa, ubicó en el archivo neuronal de maderas abandonadas, dos trozos de roble, provenientes de una silla rota y desmembrada.

Sobre esta base, las cuatro patas rodantes de una mesita fueron engendradas, y, paulatinamente, la imaginación creadora decidió hacer esta “mesa de trabajo”, usual en los siglos XVI y XVI, y desconocida hoy día.

Su boceto es una oda de ebanistería regida por el azar. En efecto, ¿dónde hallar las restantes maderas de roble con que conformar ese mueble soñado y en germen?

Veamos:

- 1) El respaldo de la silla dio algunas tablitas de longitud adecuada;
- 2) Una vieja tabla remanente de una demolición de una casa de Dolores, dio los dos laterales de las patas;
- 3) Varias tablas de roble de Eslabonia, provenientes del parquet del antiguo Palacio de la Dirección General Impositiva, de la Avenida de Mayo, rescatadas de un “container” donde habían sido increíblemente descartadas, y que hacía ya muchos años aguardaban algún destino mejor

que ser pisadas. Ellas dieron los laterales de un cajón y adornos de ensambles de fuerza.

4) La que fuera pieza rebatible de una máquina de coser, dio la tabla de roble para la tapa de la mesa, luego de minuciosa restauración de sus vejeces a la intemperie...

5) Algunos otros trozos de memorables maderitas (vgr. varillas de roble provenientes del enchapado de un juego de comedor de mi infancia, que caducó entre lluvias inmisericordes en el fondo de casa).

Todo ello está aquí, en esta mesita de trabajo, fruto del trabajo y el reciclado de las cosas que ya no sirven para nada.

Buenos Aires, 2008/ Diciembre

HISTORIAS BIOGRÁFICAS DE CUCHILLOS

Hay cuchillos famosos, como el de Muraña, que disecara y vivificara Borges. Precisamente leyendo su cuento, pensé y memoré mis cuchillos. Pobres cuchillos sin prosapia, carentes de alcurnia o valentía, porque ya casi no se usa ni el uno ni la otra.

No recuerdo mi primer cuchillo, pero sí qué hacía con él. Por eso le guardo una consideración especialmente afectuosa. Debe haber surgido del pacífico arsenal que mi madre guardaba en el cajón de la mesa de la cocina, altar familiar cubierto con el cromático hule. Cortaba poco, con ese filo romo, sin peligros, de la herramienta que sirve para todo uso.

Con él me veo, niño suburbano, crecido entre yuyos y baldosas, tallando una tosca canoa india en un palo de escoba. Luego el recuerdo se pierde entre cina-cinas, zanjas, y cielos y voces lejanas.

Allá por el treintitantos, en la Plata, quedaba aún cierto folklorismo cuchillero, posiblemente heredado de la generación marginal de Buenos Aires, que la fue construyendo. Como no creo que se haya escrito la historia de los cuchillos o de los arrabales, no lo sé con precisión. Sí



recuerdo que mi padre me enseñaba, como si fuese una ciencia y a la vez un juego, a “vistear” con el dedo índice, vivo cuchillo simbólico, y la jarana que significaba herir en la barriga, muy diversa de la afrenta de “marcar” en la mejilla. Entre los chicos, era un juego ocasional y común, vernácula versión del duelo criollo, que reaparece en la crónica policial, sólo ya como un rarísimo atavismo. También recuerdo un cierto desprecio al revólver, que se traducía en un “le tiene miedo al fierro” o “hacerle asco al cuchillo”, frases afrentosas coloquiadas en voz baja y desde atrás.

En fin, que al cuchillo había que respetarlo, cosa que aprendí rápidamente después de sufrir muchos tajos en mis dedos, más ávidos de construir que de destruir.

En realidad, siempre lo consideré un amigo, inapreciable utensilio para dar forma a juguetes verdaderos, primero, y los falsos o talla artística, después.

Pero, como esto nos aleja del verdadero cuchillo, el mítico, que sólo vive en la literatura, cortemos el hilo.

Los cuchillos deben afilarse.

La piedra de afilar no faltaba en casi ninguna casa. No tenerla, significaba que había que afilar en cualquier parte, una baldosa, el cordón de granito de la vereda o algún adoquín casual e inadecuado; o recurrir al afilador, que con su pregón y su carrito, el uno, melódica siringa, el otro, de una sola rueda y que giraba haciendo firuletes de borracho y de sonido, hasta parar, patas arriba, como una monstruosa rueca, hilando chispas frente a un zaguán de algún menaje venido a menos contra estoicos platos de loza.

A veces caía en sus manos alguna panzuda cuchilla grande, que era tratada con particular esmero y esmeril. No sé por qué le llaman cuchillo de carnicero. Si es ésa su prosapia, a mí me fascinaba la suya. Yacía sobre el blanco mármol gastado en forma de un pequeño triángulo, hasta que, previos nuestros frascos de chaira, amenazaba a cortar rebanadas de roja

carne. Para mí era el límite de lo filoso, que sólo cedió muchos años más tarde ante el mítico micrótopo de Rouvier.

Por más que trate, solo recuerdo pacíficos cuchillos, extensas y borrosas panoplias en las que solo campean cuchillos, más o menos captados en su punta por la civilización. Y cuando aparece el “cuchillo de punta” o el más temible “de filo, contrafilo y punta”, a lo sumo, va asociado a un modesto asado.

Fue al ir a vivir en Dolores, cuando conocí otra clase de cuchillo, “el cuchillo de campo”, sucesor directo del facón. El encuentro se produjo en medio de los montes del Tordillo, por donde mi padre, conduciendo un “Ford a bigote”, había llevado a la familia a esas memorables excursiones cinegéticas donde tanto valía una perdiz como una cotorra o una liebre como un chimango. Experto desconocedor del terreno, rodeando islas de monte, fue a dar en un engañoso guadal, donde quedó “encajado” sin remisión. Vanos eran los intentos para salir de esa que se me antojaba selva desconocida. El artefacto y la alegría del paseo se hundían cada vez más. Fue entonces que apareció, imponente sobre un caballo oscuro, un paisano de barba cerrada y renegrida. No recuerdo su voz. Sólo que se dirigió al cercano monte, y sacando del cinto un descomunal facón que llevaba cruzado detrás, comenzó a cortar ramas a hachazo limpio. Recuerdo también el movimiento preciso, habitual con que envainó la larga hoja de acero. Lo demás no viene al caso. Colocó las ramas debajo de las ruedas y nos echó una cuerda con su lazo. Cuando se perdía ya entre el ramaje del monte, alcancé a ver el reflejo de su lujosa “herramienta”, cabo y vaina de plata.

Esas cuchillas se encargaban, junto con los aperos “chapeados” y “rastras”, a plateros de Dolores o Madariaga y eran un verdadero lujo que se ha ido perdiendo junto con el oficio.

Los más modestos, pero igualmente eficaces, eran encargados a herreros o cuchilleros. De estos últimos, alcancé a conocer uno, famoso tanto por su historia tétrica (se decía que era un ex penado, asesino) como por su

habilidad. Las forjaba totalmente a martillo. Su taller era un tugurio de chapas oxidadas en los arrabales de Dolores.

Allí, sobre un yunque, martillaba hojas de elástico de dos "jeep" o heterogéneos aceros. De allí que, cuando marcaba la hoja con un "punto", era su garantía de calidad.

En medio de un desorden caótico, de esa fragua de Vulcano salían cuchillos pequeños, medianos y grandes. Los cabos eran de asta de vaca, con virolas de bronce. De su uso como herramienta campesina, da cuenta uno de ellos, que la usaba como hacha. El largo de la hoja era de dos cuartas y su ancho de dos dedos y medio. El lomo tenía cortes de sierra en cruz, no por adorno, sino para cortar alambrados. El cabo, cuadrado, impedía los movimientos laterales. También los hacía "de lima", destemplándolas y afinándolas al rojo. Un pequeño puñalito conservaba en su base las marcas aplastadas de las estrías.

Un cuchillo mitológico: cierto día trajo mi padre a casa una pequeña hojita de puñal, oxidada y sin cabo. En el lugar de la "s", tenía una escotadura en semicírculo. En el lomo, siete marcas limadas. Provenía del olvidado archivo de armas que periódicamente los juzgados del crimen condenan, como cosas culpables que son, a la destrucción.

Su siniestro prestigio lo salvó. Habría sido forjado, según dudosa tradición, de una bayoneta en la época de Rosas, y las marcas correspondían a otras tantas vidas perdidas o muertes ganadas. Parece evidente que debió pertenecer a un matasiete de los que define la Real Academia, seres fabulosos, si pensamos que el número siete corresponde al Infinito. Este cuchillo siguió viviendo modestamente, luego de recibir dos cachas de madera, fijadas con tres remaches de cobre, y pasar a ser el cuchillo de la caja de pesca. Por su pequeñez, bien pudo ser un "fillingo" como lo apela Leguizamón, o "fiyingo", según el mentado Borges, que los compadritos llevaban en el bolsillo, escondido, no sé por qué, ya que, de no llevarlo sería algo tan falso y apócrifo en la mitología arrabalera, como un gaucho sin facón en la gauchesca.

LOS CÍCLOPES

En algún momento me lo presentaron como un gran pintor. Nada hacía sospechar de él. Caminamos por Buenos Aires, era de día. Su conversación era brillante, animada. De cuando en cuando entreveía sus cabellos canosos, su andar rápido y escuchaba vagamente sus teorías sobre el arte.

-No tengo discípulos, no quiero tenerlos, pero en su caso es distinto. Ud. será mi discípulo.

Lo seguía dócilmente. Subimos por un ascensor demasiado grande para sólo dos personas. El piso estaba alfombrado con yute. Yo sabía que debíamos ir al 9° piso, pero él luchaba, presionando botones, para llegar al undécimo, mientras alguien ignorado pugnaba por bajarnos. Todo era irreal. Sólo entonces advertí que llevaba un pesado bajage, y, gentilmente, mientras entraba al palier del departamento, lo introdujo conmigo, trabajosamente.

El ambiente era muy grande; unos espesos cristales hasta el techo hacían de paredes. Debí rodearlos y entrar por el costado, donde una impersonal mujer de servicio se lo llevó.

Todo parecía lógico, razonable. Observé algunos cuadros, correctamente ubicados en las paredes. El ambiente era típico de 1930, bien conservado o remozado. Confieso que admiré las obras, mientras me explicaba que esas pinturas no las exponía nunca. Que era lo que el ojo tenía dentro, no lo que veía. Sus primeras experiencias habían comenzado al oprimir el globo ocular, provocando esas bellas lucecitas y relámpagos fulgurantes en la oscuridad. Uno estaba lleno de círculos rojos que

ascendían sobre un negro aterciopelado, fascinante en su vibración continua. Es difícil saber qué hay dentro, detrás de cada ojo, decía. Pasamos directamente a una gran terraza, con plantas y mesitas. Todo parecía normal. Yo sabía que tenía una hija. Oí sus saludos, o quizás grititos de recibimiento. No soy propenso a efusividades, de manera que seguí admirando unas palmas mientras él se acercaba con la criatura en brazos. Primero vi su vestidito rojo, luego me miró su ojo. Su único ojo, redondo, negro y profundo en medio de la pequeña frente. Así fue como conocí a la madre de Polifemo.

En plena proyección, una luz tartamuda reemplazaba las imágenes en la pantalla, y luego, la oscuridad, seguida de los rayos de luz desesperados del “acomodador”, tratando de imponer su autoridad con la linterna ante el feroz pataleo... ¿ y ésto qué tiene que ver con el “pan francés”? *

Pues, pateen conmigo a compás: pán..! frán...! cés...!

pán..! frán..! cés..!

y se hará la luz en la sala y en el recuerdo, para que comience la película. Quizás, cerrando los ojos, se matizará la espera con un telón inmenso, donde hasta el más humilde comercio del pueblo, pregonaba sus mercaderías y servicios. Y algunos serios señores, o señoras, o señoritas, pivotarán sobre sus tacos las sonoras lenguas de suela diciendo: pán..! frán..! cés..! con disimulo y estruendo.

Bs.As., 3 de Abril de 1999

☒ Dice el Dr. Lisandro Segovia, en su “Diccionario de Argentinismos”: “Pan francés”, m. fam. Manifestación sostenida de impaciencia que hace el público que asiste a un espectáculo, golpeando el pavimento cuando hay tardanza o exige la repetición de una escena o un pasaje.

Se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de
Chacachaca
Chacabuco 651 y algo más
Buenos Aires
2009